

rocaeditorial criminal

# MICHAEL CONNELLY

## EL VEREDICTO



*El veredicto* reúne por primera vez a Harry Bosch y Mickey Haller. Connelly regresa al mundo legal con su libro más importante hasta la fecha.

El veredicto



# El veredicto

Michael Connelly

Traducción de Javier Guerrero

**Rocaeditorial**

© 2008, Hieronymus, Inc.  
Edición publicada en acuerdo con Little, Brown and Company,  
Nueva York, EE.UU. Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre de 2009

© de la traducción: Javier Guerrero  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.  
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.<sup>a</sup>  
08003 Barcelona.  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.  
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1  
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-029-8  
Depósito legal: M. 33.939-2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

En memoria de  
Terry Hansen y Frank Morgan

PRIMERA PARTE

Contra las cuerdas

1992

*T*odo el mundo miente.

Los policías mienten. Los abogados mienten. Los testigos mienten. Las víctimas mienten.

Un juicio es un concurso de mentiras. Y en la sala todo el mundo lo sabe. El juez lo sabe. Incluso los miembros del jurado lo saben. Entran en el edificio sabiendo que les mentarán. Toman asiento en la tribuna del jurado y aceptan que les mientan.

Cuando estás sentado a la mesa de la defensa el truco es ser paciente. Esperar. No a cualquier mentira, sino a aquella a la que puedes aferrarte y usarla como un hierro candente para fraguar una daga. Después usas esa daga para desgarrar el caso y desparramar sus tripas por el suelo.

Ése es mi trabajo: forjar la daga. Afilarla. Usarla sin misericordia ni cargo de conciencia. Ser la verdad en un sitio donde todo el mundo miente.

*E*staba en el cuarto día del juicio en el Departamento 109 del edificio del tribunal penal, en el centro de Los Ángeles, cuando atrapé la mentira que se convirtió en la daga que desgarró el caso. Mi cliente, Barnett Woodson, se enfrentaba a dos acusaciones de asesinato que iban a llevarlo hasta la sala gris acero de San Quintín, donde te inyectan en vena la voluntad de Dios.

12 Woodson, un traficante de drogas de veintisiete años natural de Compton, estaba acusado de robar y asesinar a dos estudiantes universitarios de Westwood que querían comprarle cocaína. Él prefirió quedarse con el dinero y matarlos con una escopeta de cañones recortados, o eso afirmaba la fiscalía. Era un crimen de negro contra blanco, lo cual complicaba bastante las cosas a Woodson, sobre todo al producirse sólo cuatro meses después de los disturbios que habían arrasado la ciudad. Pero lo que empeoraba aún más su situación era que el asesino había intentado ocultar el crimen sumergiendo los dos cadáveres en el embalse de Hollywood. Allí se quedaron durante cuatro días antes de aparecer en la superficie como manzanas en un tonel de feria; manzanas podridas. La idea de cadáveres en descomposición en el embalse que constituía el principal suministro de agua potable de la ciudad provocó una arcada colectiva en las entrañas de la comunidad. Cuando los registros telefónicos relacionaron a Woodson con las víctimas y detuvieron a mi cliente, la indignación que la opinión pública dirigió contra él era casi palpable. La oficina del fiscal del distrito anunció prestamente que solicitaría la pena capital.

El caso contra Woodson, no obstante, no era tan palpable. Estaba construido básicamente sobre pruebas circunstanciales

—los registros telefónicos— y el testimonio de testigos que eran ellos mismos delincuentes. El testigo de la fiscalía Ronald Torrance era el más destacado de este grupo. Aseguraba que Woodson le había confesado los crímenes.

Torrance se había alojado en la misma planta de la prisión central que Woodson. Ambos hombres permanecían confinados en un módulo de alta seguridad que contenía dieciséis celdas individuales en dos hileras superpuestas que daban a una sala comunitaria. En ese momento, los dieciséis reclusos del módulo eran negros, siguiendo el rutinario aunque cuestionable procedimiento carcelario de «segregación por seguridad», lo cual conllevaba dividir a los reclusos según la raza y la afiliación de bandas para evitar confrontaciones y violencia. Torrance se hallaba en espera de juicio por robo y agresión con agravantes como resultado de su participación en el saqueo durante los disturbios. Entre las seis de la mañana y las seis de la tarde, los detenidos en máxima seguridad tenían acceso a la sala comunitaria, donde comían, jugaban a las cartas en las mesas e interactuaban bajo la mirada vigilante de los guardias situados en una garita de cristal elevada. Según Torrance, fue en una de esas mesas donde mi cliente le había confesado que había matado a los dos chicos del Westside.

La acusación se desvió por convertir a Torrance en presentable y creíble para el jurado, que sólo tenía tres componentes negros. Lo afeitaron, le quitaron las rastas y le dejaron el pelo corto para que se presentara en la sala el cuarto día del juicio de Woodson. Iba ataviado con un traje azul pálido, sin corbata. En el interrogatorio directo, guiado por el fiscal Jerry Vincent, Torrance describió la conversación que supuestamente mantuvo con Woodson una mañana en una de las mesas de pícnic. Éste, según declaró Torrance, no sólo le confesó los crímenes, sino que le proporcionó muchos de los detalles reveladores de los asesinatos. La cuestión que se dejó clara al jurado era que se trataba de detalles que sólo conocería el verdadero asesino.

Durante el testimonio, Vincent mantuvo a Torrance atado en corto, con largas preguntas concebidas para obtener respuestas breves. Las cuestiones estaban sobrecargadas hasta el punto de ser sugestivas, pero no me molesté en protestar, ni si-

quiera cuando el juez Companioni me miró arqueando las cejas, prácticamente rogándome que interviniera. No protesté porque quería el contrapunto. Pretendía que el jurado viera lo que estaba haciendo la acusación. Cuando llegara mi turno, iba a dejar que Torrance se explayara con sus respuestas mientras yo me contenía y esperaba la daga.

Vincent terminó su interrogatorio directo a las once de la mañana y el juez me preguntó si quería almorzar temprano antes de empezar mi contrainterrogatorio. Le dije que no, que no quería un descanso. Lo expuse como si estuviera asqueado y no pudiera esperar ni un segundo más para abordar al hombre que se hallaba en el estrado. Me levanté, cogí una carpeta grande y gruesa y una libreta y me acerqué al testigo.

—Señor Torrance, me llamo Michael Haller. Soy abogado del turno de oficio y represento a Barnett Woodson. ¿Nos hemos visto antes?

—No, señor.

14 —No lo creo. Pero usted y el acusado, el señor Woodson, se conocen desde hace mucho, ¿verdad?

Torrance esbozó una sonrisa retraída, pero yo había hecho los deberes con él y sabía exactamente con quién estaba tratando. El testigo tenía treinta y dos años y había pasado un tercio de su vida en prisión preventiva o cumpliendo condena. Su formación había terminado en cuarto grado, cuando dejó de ir a la escuela y ningún padre pareció notarlo o preocuparse. Según la ley de reincidencia del estado de California, se enfrentaba al premio especial a toda la trayectoria profesional si se le condenaba por los cargos de haber robado y golpeado con una papelera metálica a la encargada de una lavandería de autoservicio. El delito se había cometido durante los tres días de disturbios y saqueos que desgarraron la ciudad después de que se anunciaran veredictos de inocencia en el juicio de los cuatro agentes de policía acusados de uso excesivo de la fuerza contra Rodney King, un automovilista negro al que pararon por conducir erráticamente. En resumen, Torrance tenía buenas razones para ayudar a la fiscalía a acabar con Barnett Woodson.

—Bueno, desde hace unos meses —dijo Torrance—. En máxima seguridad.

—Ha dicho máxima seguridad —pregunté haciéndome el tonto—. ¿A qué se refiere?

—Al módulo de máxima seguridad. En el condado.

—Entonces está hablando de la prisión, ¿verdad?

—Exacto.

—Así pues, ¿me está diciendo que no conocía a Barnett Woodson antes?

Formulé la pregunta con sorpresa en la voz.

—No, señor. Nos conocimos en prisión.

Tomé un apunte en una libreta como si se tratara de una importante confesión.

—Veamos, hagamos cuentas, señor Torrance. Barnett Woodson fue trasladado al módulo de alta seguridad donde usted ya residía desde el mes de septiembre de este año. ¿Lo recuerda?

—Sí, recuerdo que vino, sí.

—¿Y por qué estaba usted en máxima seguridad?

Vincent se levantó y protestó, argumentando que me estaba adentrando por un camino que él ya había pisado en su interrogatorio directo. Argumenté que estaba buscando una explicación más amplia del encarcelamiento de Torrance, y el juez Companioni me dio cuerda. Pidió a Torrance que respondiera a la pregunta.

—Como he dicho, estoy acusado de un cargo de agresión y uno de robo.

—Y estos supuestos crímenes se cometieron durante los disturbios, ¿es correcto?

Dado el clima antipolicial que impregnaba las comunidades minoritarias de la ciudad desde los disturbios, había batallado durante la selección del jurado para conseguir el máximo número de negros y latinos en la tribuna. Pero allí tenía una oportunidad de ganarme a los cinco miembros blancos del jurado que la acusación había conseguido colarme. Quería que supieran que el hombre en el que el fiscal había depositado tanta confianza era uno de los responsables de las imágenes que habían visto en su televisión en mayo.

—Sí, estaba en la calle como todo el mundo —respondió Torrance—. Digo yo que los polis se salen con la suya demasiado en esta ciudad.

Asentí con la cabeza como si estuviera de acuerdo.

—Y su respuesta a la injusticia de los veredictos en el caso de apaleamiento de Rodney King fue salir a la calle, robar a una mujer de sesenta y dos años y dejarla inconsciente con una papelera de acero. ¿Es correcto, caballero?

Torrance miró a la mesa de la acusación y luego más allá de Vincent a su propio abogado, sentado en la primera fila de la galería del público. Tanto si habían preparado una respuesta para esta pregunta como si no, su equipo legal no podía ayudar a Torrance en ese momento. Estaba solo.

—Yo no hice eso —contestó finalmente.

—¿Es usted inocente del crimen que se le imputa?

—Exacto.

—¿Y respecto al saqueo? ¿No cometió delitos durante los disturbios?

Después de una pausa y otra mirada a su abogado, Torrance dijo:

—Me acojo a la Quinta.

16

Lo que esperaba. Seguidamente llevé a Torrance a través de una serie de preguntas concebidas para que no le quedara otra opción que incriminarse a sí mismo o negarse a responder bajo las protecciones de la Quinta Enmienda. Finalmente, después de que se acogiera a no declarar en su contra en seis ocasiones, el juez se cansó de mi insistencia y me hizo volver al caso que nos ocupaba. Obedecí con reticencia.

—Está bien, ya basta de hablar de usted, señor Torrance —dije—. Volvamos al señor Woodson. ¿Estaba al tanto de los detalles de este doble asesinato antes de conocer al señor Woodson en prisión?

—No, señor.

—¿Está seguro? Atrajo mucha atención.

—Estaba en prisión, señor.

—¿No hay televisión ni diarios en prisión?

—No leo los periódicos y la televisión del módulo está rota desde que llegué allí. Montamos un cirio y dijeron que la arreglarían, pero no han arreglado una mierda.

El juez advirtió a Torrance que cuidara su lenguaje y el testigo se disculpó. Seguí adelante.

—Según los registros de prisión, el señor Woodson llegó al módulo de alta seguridad el 5 de septiembre y, según el material de revelación de pruebas del estado, usted contactó con la acusación en octubre después de la supuesta confesión de Woodson. ¿Le parece correcto?

—Sí, me parece que sí.

—Bueno, pues a mí no, señor Torrance. ¿Le está diciendo a este jurado que un hombre acusado de un doble asesinato y que se enfrenta a una posible pena de muerte confesó su crimen a un recluso al que conocía desde hacía menos de cuatro semanas?

Torrance se encogió de hombros antes de responder.

—Es lo que pasó.

—Eso dice. ¿Qué le dará la fiscalía si el señor Woodson es condenado por estos crímenes?

—No lo sé. Nadie me ha prometido nada.

—Con sus antecedentes y los cargos que se le imputan, se enfrenta a más de quince años en prisión si lo condenan, ¿es cierto?

—No sé nada de eso.

—¿Ah no?

—No, señor. Se ocupa mi abogado.

—¿No le ha dicho que si no hace nada para impedirlo, podría ir a prisión durante mucho, mucho tiempo?

—No me ha dicho nada de eso.

—Ya veo. ¿Qué le ha pedido al fiscal a cambio de su testimonio?

—Nada. No quiero nada.

—Así pues, está testificando aquí porque cree que es su deber como ciudadano, ¿es correcto?

El sarcasmo en mi voz era inequívoco.

—Exacto —respondió Torrance con indignación.

Levanté la gruesa carpeta por encima del estrado para que pudiera verla.

—¿Reconoce esta carpeta, señor Torrance?

—No. No que yo recuerde.

—¿Está seguro de no haberla visto en la celda del señor Woodson?

—Nunca estuve en su celda.

—¿Está seguro de que no se coló allí y miró en el archivo de revelación de pruebas cuando el señor Woodson estaba en la sala o en la ducha, o quizás en el patio?

—No, no lo hice.

—Mi cliente tenía muchos de los documentos de investigación relacionados con su acusación en la celda. Éstos contenían varios de los detalles sobre los que usted ha testificado esta mañana. ¿No cree que es sospechoso?

Torrance negó con la cabeza.

—No. Lo único que sé es que se sentó allí y me dijo lo que había hecho. Estaba mal y se desahogó. ¿Qué culpa tengo de que la gente se me confíe?

Asentí como si me compadeciera de la carga que Torrance tenía que soportar por ser un hombre al que los demás se confiaban, especialmente cuando se trataba de dobles homicidios.

—Por supuesto, señor Torrance. Ahora, puede decir exactamente al jurado lo que le dijo. Y no use los atajos que usó cuando el señor Vincent le hacía las preguntas. Quiero oír exactamente lo que mi cliente dijo. Cítenos sus palabras, por favor.

18

Torrance hizo una pausa como para hurgar en su recuerdo y componer sus ideas.

—Bueno —dijo finalmente—, estábamos allí sentados, los dos solos y tal, y empezó a hablar de que estaba mal por lo que había hecho. Le pregunté: «¿Qué hiciste?», y me habló de la noche en que mató a los dos tipos y dijo que se sentía fatal.

La verdad es corta. Las mentiras son largas. Quería que Torrance hablara en extenso, algo que Vincent había logrado evitar. Los chivatos de la cárcel tienen algo en común con todos los timadores y los mentirosos profesionales: buscan esconder el engaño con desorientación y bromas. Envuelven sus mentiras con algodón. Pero entre toda esa pelusa muchas veces encuentran la clave para desvelar la gran mentira.

Vincent protestó de nuevo, argumentando que el testigo ya había respondido a las preguntas que estaba planteando yo y que simplemente estaba insistiéndole en este punto.

—Señoría —respondí—, este testigo está poniendo una confesión en boca de mi cliente. Por lo que respecta a la defensa, es la clave del caso. El tribunal sería negligente si no me permi-

tiera explorar completamente el contenido y contexto de un testimonio tan devastador.

El juez Companioni ya estaba asintiendo con la cabeza antes de que yo terminara la última frase. Desestimó la protesta de Vincent y me pidió que procediera. Volví mi atención al testigo y hablé con una nota de impaciencia en mi voz.

—Señor Torrance, todavía está resumiendo. Asegura que el señor Woodson le confesó los crímenes. Así pues, dígame al jurado lo que él le contó. ¿Cuáles fueron las palabras exactas que dijo cuando confesó su crimen?

Torrance asintió como si sólo entonces se diera cuenta de lo que estaba preguntando.

—Lo primero que me dijo fue «Tío, estoy fatal». Y yo le pregunté «¿Por qué, hermano?». Él contestó que no paraba de pensar en aquellos dos tipos. No sabía de qué estaba hablando, porque, como he dicho, no había oído nada del caso. Así que dije: «¿Qué dos tipos?», y él dijo «Los dos negratos que tiré en la presa». Le pregunté de qué estaba hablando y él me contó que les disparó a los dos con una recortada y los envolvió en alambre de corral y tal. Dijo: «Sólo hice una cagada», y le pregunté cuál era. Él respondió: «Tendría que haber llevado un cuchillo y rajarles la tripa para que no terminaran flotando». Y eso fue lo que me contó.

En mi visión periférica había visto a Vincent encogerse a mitad de la larga respuesta de Torrance. Sabía por qué y, cuidadosamente, me acerqué con la daga.

—¿El señor Woodson usó esa palabra? ¿Llamó a las víctimas «negratas»?

—Sí, eso dijo.

Dudé al preparar la formulación de la siguiente pregunta. Sabía que Vincent estaba esperando para protestar si le daba pie. No podía pedir a Torrance que interpretara. No podía preguntar «por qué» respecto al significado que le daba Woodson o su motivación para usar esa palabra. Eso era susceptible de objeción.

—Señor Torrance, en la comunidad negra la palabra «negrata» puede significar distintas cosas, ¿no?

—Supongo.

—¿Es eso un sí?

—Sí.

—El acusado es afroamericano, ¿no?

Torrance rio.

—Eso me parece.

—¿Igual que usted, señor?

Torrance empezó a reír otra vez.

—Desde que nací —contestó.

El juez golpeó con la maza y me miró.

—Señor Haller, ¿es realmente necesario?

—Pido disculpas, señoría.

—Por favor, continúe.

—Señor Torrance, cuando el señor Woodson usó esta palabra, como dice que hizo, ¿le sorprendió?

Torrance se frotó el mentón como si reflexionara sobre la pregunta. Entonces negó con la cabeza.

—La verdad es que no.

—¿Por qué no, señor Torrance?

20

—Supongo que es porque la oigo todo el tiempo.

—¿De otros hombres de color?

—Eso es. También se la oigo a tipos blancos.

—Bueno, cuando los negros usan esa palabra, como dice que lo hizo el señor Woodson, ¿de quién están hablando?

Vincent protestó, argumentando que Torrance no podía hablar por lo que otros hombres decían. Companioni admitió la protesta y yo me tomé un momento para volver a trazar el camino a la respuesta que quería.

—Vamos a ver, señor Torrance —dije por fin—. Hablemos sólo de usted, entonces, ¿de acuerdo? ¿Usa esa palabra en alguna ocasión?

—Creo que sí.

—Muy bien, y cuando la usa ¿a quién se refiere?

Torrance se encogió de hombros.

—A otros tipos.

—¿Otros hombres negros?

—Eso es.

—¿En alguna ocasión se ha referido a hombres blancos como negratas?

Torrance negó con la cabeza.

—No.

—Muy bien, así pues, ¿qué cree que significaba cuando Barnett Woodson describió a los dos hombres a los que tiró al embalse como negratas?

Vincent rebulló en su asiento y su lenguaje corporal insinuó que iba a protestar, pero no llegó a formular la objeción verbalmente. Debió de darse cuenta de que sería inútil. Había llevado a Torrance a una ratonera y era mío.

Torrance respondió la pregunta.

—Entendí que eran negros y que los mató a los dos.

Ahora el lenguaje corporal de Vincent cambió de nuevo. Se hundió un poco más en el asiento, porque sabía que su apuesta de poner a un chivato carcelario en el estrado de los testigos acababa de salirle rana.

Miré al juez Companioni. Él también sabía lo que se avecinaba.

—Señoría, ¿puedo acercarme al testigo?

—Puede hacerlo —dijo el juez.

Caminé hasta el estrado de los testigos y puse la carpeta delante de Torrance. Estaba raída y era de color naranja, un color usado en las cárceles del condado para identificar documentos legales privados que un recluso está autorizado a poseer.

—Bien, señor Torrance, he puesto delante de usted una carpeta en la cual el señor Woodson guarda documentos de revelación que sus abogados le han proporcionado en prisión. Le pregunto una vez más si la reconoce.

—He visto un montón de carpetas naranjas en máxima seguridad. Eso no significa que haya visto ésta.

—¿Está diciendo que nunca vio al señor Woodson con su carpeta?

—No lo recuerdo exactamente.

—Señor Torrance, estuvo en el mismo módulo que el señor Woodson durante treinta y dos días. Testificó que confiaba en usted y que le hizo una confesión. ¿Está diciendo que nunca lo vio con esta carpeta?

Al principio no respondió. Lo había arrinconado y no tenía escapatoria. Esperé. Si continuaba asegurando que nunca había

visto la carpeta, su afirmación de una confesión de Woodson sería sospechosa a ojos del jurado. Si finalmente concedía que estaba familiarizado con la carpeta, me abriría una puerta enorme.

—Lo que estoy diciendo es que lo vi con su carpeta, pero nunca miré lo que había dentro.

Bang. Lo tenía.

—Entonces le pediré que abra la carpeta y la inspeccione.

El testigo siguió mis instrucciones y miró de un lado al otro de la carpeta abierta. Volví al atril, observando a Vincent en mi camino. Tenía la mirada baja y la tez pálida.

—¿Qué ve cuando abre la carpeta, señor Torrance?

—A un lado hay fotos de los dos muertos en el suelo. Están grapadas. Y al otro lado hay un montón de papeles, informes y tal.

—¿Puede leer el primer documento del lado derecho? Sólo lea la primera línea del sumario.

—No, no sé leer.

22

—¿No sabe leer nada?

—La verdad es que no. No fui a la escuela.

—¿Puede leer alguna de las palabras que están al lado de las casillas que están marcadas en la parte superior del sumario?

Torrance miró la carpeta y sus cejas se juntaron en ademán de concentración. Yo sabía que habían probado su capacidad de lectura durante su último periodo en prisión y se había determinado que estaba en el mínimo nivel mensurable, por debajo de la de un alumno de segundo grado.

—La verdad es que no —repitió—. No sé leer.

Me acerqué rápidamente a la mesa de la defensa y cogí otra carpeta y un rotulador permanente de mi maletín. Volví al estrado y rápidamente escribí la palabra CAUCASIANO en la tapa de la carpeta en grandes letras mayúsculas. Sostuve la carpeta para que tanto Torrance como el jurado pudieran verla.

—Señor Torrance, ésta es una de las palabras marcadas en el sumario. ¿Puede leer esta palabra?

Vincent inmediatamente se levantó, pero Torrance ya estaba negando con la cabeza y con expresión de estar completamente humillado. Vincent objetó a la exposición sin fundamen-

to adecuado y Companioni aceptó la protesta. Esperaba que lo hiciera. Sólo estaba abonando el terreno para mi siguiente movimiento con el jurado, y estaba seguro de que la mayoría de sus miembros habían visto al testigo negar con la cabeza.

—De acuerdo, señor Torrance —dije—. Vamos al otro lado de la carpeta. ¿Puede describir a los cadáveres de las fotos?

—Hum, dos hombres. Parece que han abierto un alambre de corral y unas lonas y están allí estirados. Hay un grupo de policías investigando y haciendo fotos.

—¿De qué raza son los hombres de las lonas?

—Son negros.

—¿Había visto antes estas fotografías, señor Torrance?

Vincent se levantó para protestar a mi pregunta, porque ya se había formulado y respondido previamente. Pero era como levantar una mano para detener una bala. El juez le ordenó severamente que tomara asiento. Era su forma de decirle al fiscal que iba a tener que quedarse sentado y tragar lo que estaba por venir. Si pones a un mentiroso en el estrado, has de caer con él.

—Puede responder a la pregunta, señor Torrance —dije después de que Vincent se sentara—. ¿Había visto antes estas fotografías?

—No, señor, no las había visto hasta ahora.

—¿Está de acuerdo en que las fotografías muestran lo que nos ha descrito antes? ¿Que son los cadáveres de dos hombres negros asesinados?

—Eso es lo que parece. Pero no había visto las fotos antes, sólo sé lo que él me dijo.

—¿Está seguro?

—Algo así no lo olvidaría.

—Nos ha dicho que el señor Woodson confesó haber matado a dos hombres negros; sin embargo, se le juzga por haber matado a dos hombres blancos. ¿No cree que da la impresión de que no confesó en absoluto?

—No, él confesó. Me dijo que mató a esos dos.

Miré al juez.

—Señoría, la defensa solicita que la carpeta que está delante del señor Torrance sea admitida como prueba documental número uno de la defensa.

Vincent protestó por falta de fundamento, pero Companioni desestimó la objeción.

—Se admitirá y dejaremos que el jurado decida si el señor Torrance ha visto o no las fotografías y el contenido de la carpeta.

Estaba embalado y decidí ir a por todas.

—Gracias —dije—. Señoría, ahora también sería un buen momento para que el fiscal recordara a su testigo las penas por perjurio.

Era un movimiento teatral hecho a beneficio del jurado. Suponía que tendría que continuar con Torrance y sacarle las vísceras con la daga de su propia mentira. Pero Vincent se levantó y le pidió al juez un receso para hablar con el letrado de la parte contraria.

Supé que acababa de salvar la vida de Barnett Woodson.

—La defensa no tiene objeción —le dije al juez.

**D**espués de que se vaciara la tribuna del jurado, regresé a la mesa de la defensa cuando el alguacil estaba entrando para esposar a mi cliente y volver a llevarlo al calabozo.

—Ese tipo es un mentiroso de mierda —me susurró Woodson—. Yo no maté a dos negros. Eran blancos.

Tenía la esperanza de que el alguacil no lo hubiera oído.

—¿Por qué no cierras la puta boca? —le respondí en otro susurro—. Y la próxima vez que veas a ese mentiroso de mierda en el calabozo, deberías darle la mano. Por sus mentiras, el fiscal está a punto de renunciar a la pena de muerte y presentar un trato. Iré a contártelo en cuanto lo tenga.

Woodson negó con la cabeza teatralmente.

—Sí, bueno, puede que ahora no quiera ningún trato. Han puesto a un maldito mentiroso en el estrado, tío. Todo este caso se va por el retrete. Podemos ganar esta mierda, Haller. No aceptes el trato.

Miré a Woodson un segundo. Acababa de salvarle la vida, pero quería más. Se sentía con derecho, porque la fiscalía no había jugado limpio. No importaba la responsabilidad por los dos chicos a los que acababa de reconocer haber matado.

—No te pongas ansioso, Barnett —le dije—. Volveré con noticias en cuanto las tenga.

El alguacil se lo llevó por la puerta de acero que conducía a las celdas anexas a la sala del tribunal. Lo observé salir. No tenía falsas ideas respecto a Barnett Woodson; nunca se lo había preguntado directamente, pero sabía que había matado a aquellos dos chicos del Westside. Eso no me preocupaba. Mi trabajo consistía en sopesar las pruebas presentadas contra él con mis

mejores aptitudes, así era como funcionaba el sistema. Lo había hecho y me habían dado la daga. Ahora la usaría para mejorar su situación significativamente, pero el sueño de Woodson de quedar impune del caso de los dos cadáveres que se habían puesto negros en el agua no estaba en la baraja. Quizás él no lo había comprendido, pero su mal pagado y mal apreciado abogado de oficio ciertamente sí lo había hecho.

Después de que la sala se vaciase, Vincent y yo nos quedamos mirándonos mutuamente, cada uno desde su respectiva mesa.

—¿Y? —dije.

Vincent negó con la cabeza.

—En primer lugar —dijo—, quiero dejar claro que obviamente no sabía que Torrance estaba mintiendo.

—Claro.

—¿Por qué iba a sabotear mi propio caso así?

No hice caso del mea culpa.

—Mira, Jerry, no te molestes. Te dije en la instrucción previa que ese tipo había pillado la carpeta de revelación que mi cliente tenía en su celda. Es de sentido común. Mi cliente no iba a decir nada al tuyo, un perfecto desconocido, y todo el mundo lo sabía excepto tú.

Vincent negó enfáticamente con la cabeza.

—Yo no lo sabía, Haller. Él se presentó, fue cuestionado por uno de nuestros mejores investigadores, y no había indicación de mentira, no importa lo improbable que pareciera que tu cliente hablara con él.

Me reí de un modo no amistoso para rechazar su afirmación.

—No que hablara con él, Jerry: que confesara. Hay una pequeña diferencia. Así que será mejor que hables con ese preciado investigador tuyo, porque no se merece la paga del condado.

—Mira, me dijo que el tipo no sabía leer, así que no había forma de que lo supiera por la carpeta de revelación. No mencionó las fotos.

—Exactamente, y por eso deberías buscarte un nuevo investigador. Y te diré una cosa, Jerry: normalmente soy bastante razonable con esta clase de cosas, e intento llevarme bien con la oficina del fiscal del distrito, pero te advertí justamente de este tipo. Así que, después del receso, voy a destriparlo aquí

mismo en el estrado y lo único que vas a poder hacer es quedarte sentado mirando. —Me mostré completamente indignado, y buena parte de la indignación era real—. Cuando haya terminado con Torrance, no será el único que va a quedar en evidencia. Ese jurado va a saber que o bien sabías que ese tipo era un mentiroso o que fuiste tan tonto como para no darte cuenta. En cualquier caso no vas a quedar muy bien.

Vincent bajó la mirada a la mesa del fiscal y con calma enderezó las carpetas del caso apiladas delante de él. Habló con voz calmada.

—No quiero que sigas con el conainterrogatorio —dijo.

—Bien. Entonces, déjate de negaciones y mentiras y dame una resolución que pueda...

—Retiraré la petición de pena capital. Entre veinticinco y perpetua sin condicional.

Negué con la cabeza sin vacilar.

—Eso no va a servir. Lo último que ha dicho Woodson antes de que se lo llevaran era que estaba dispuesto a jugárselo a los dados. Para ser exacto, dijo: «Podemos ganar esta mierda». Y creo que podría tener razón.

—¿Qué quieres, Haller?

—Diría quince máximo. Creo que podría venderle eso.

Vincent negó con la cabeza enfáticamente.

—Ni hablar. Me volverán a enviar a casos de camellos de calle si les doy eso por dos asesinatos a sangre fría. Mi mejor oferta son veinticinco con condicional. Punto. Bajo las actuales directrices podría salir en dieciséis o diecisiete años. No está mal por lo que hizo, matar a dos chicos así.

Lo miré, tratando de interpretar su expresión, buscando una señal que lo delatara. Concluí que no iba a mejorar la oferta. Y tenía razón, no era un mal trato para lo que Barnett Woodson había hecho.

—No lo sé —dije—. Creo que va a decir que echemos los dados.

Vincent negó con la cabeza y me miró.

—Entonces tendrás que vendérselo, Haller. Porque no puedo bajar más y si continuas con el conainterrogatorio mi carrera en la fiscalía probablemente habrá terminado.

Esta vez vacilé antes de responder.

—Espera un momento, ¿qué estás diciendo, Jerry? ¿Qué he de sacarte las castañas del fuego? ¿Te he pillado con los pantalones en los tobillos y es a mi cliente al que le han de dar por el culo?

—Estoy diciendo que es una oferta justa para un hombre que es culpable como Caín. Más que justa. Ve a hablar con él y usa tu magia, Mick. Convéncelo. Los dos sabemos que no estarás mucho tiempo en el turno de oficio. Podrías necesitar un favor mío algún día cuando no tengas sueldo fijo y estés en el lado salvaje.

Me limité a mirarlo, registrando el *quid pro quo* de la oferta. Si yo lo ayudaba, en algún momento él me ayudaría a mí, y Barnett Woodson cumpliría un par de años extra en la trena.

—Tendrá suerte de sobrevivir cinco años ahí dentro, mucho menos veinte —dijo Vincent—. ¿Qué diferencia hay para él? Pero tú y yo vamos a llegar lejos, Mickey. Podemos ayudarnos aquí.

28 Asentí lentamente. Vincent sólo era unos años mayor que yo, pero estaba tratando de actuar como una especie de anciano sabio.

—Jerry, la cuestión es que, si hago lo que sugieres, nunca podré mirar a otro cliente a los ojos.

Me levanté y recogí mi carpeta. Mi plan era volver y decirle a Barnett Woodson que echara los dados y a ver qué podía hacer por él.

—Te veré después del receso —dije.

Y entonces me alejé.

SEGUNDA PARTE

Ciudad de maletas

2007

**E**ra un poco pronto en la semana para que Lorna Taylor llamara preguntando por mí. Normalmente esperaba al menos hasta el jueves. Nunca el martes. Cogí el teléfono, pensando que era más que una llamada de control.

—¿Lorna?

—Mickey, ¿dónde te habías metido? Llevo toda la mañana llamando.

—Había ido a correr. Acabo de salir de la ducha. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Claro. ¿Qué es...?

—Tienes un ipso facto de la juez Holder. Quiere verte, desde hace una hora.

Eso me dio que pensar.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Lo único que sé es que primero llamó Michaela y luego llamó la juez en persona. Eso no suele pasar. Quería saber por qué no estabas respondiendo.

Sabía que Michaela era Michaela Gill, la secretaria de la juez. Y Mary Townes Holder era la presidenta del Tribunal Superior de Los Ángeles. El hecho de que hubiera llamado personalmente no hacía que sonara como si me estuvieran invitando al baile anual de justicia. Mary Townes Holder no llamaba a los abogados sin una buena razón.

—¿Qué le dijiste?

—Sólo le dije que no tenías tribunal hoy y que a lo mejor estabas en el campo de golf.

—No juego al golf, Lorna.

—Bueno, no se me ocurrió nada.

—Está bien, llamaré a la juez. Dame el número.

—Mickey, no llames. Preséntate directamente. La juez quiere verte en su despacho. Fue muy clara en eso y no me dijo por qué. Así que ve.

—Vale, ya voy. He de vestirme.

—¿Mickey?

—¿Qué?

—¿Cómo estás de verdad?

Conocía su código. Sabía lo que estaba preguntándome. No quería que compareciera delante de un juez si no estaba preparado para ello.

—No te preocupes, Lorna. Estoy bien. No me pasará nada.

—Vale. Llámame y dime lo que está pasando en cuanto puedas.

—Descuida, lo haré.

Colgué el teléfono, sintiéndome como si me estuviera mangoneando mi mujer, no mi ex mujer.

Como presidenta del Tribunal Superior de Los Ángeles, la juez Mary Townes Holder hacía la mayor parte de su trabajo a puerta cerrada. Su sala se usaba en alguna ocasión para vistas de emergencia sobre mociones, pero rara vez para la celebración de juicios. Su trabajo se hacía lejos de la vista del público, en su despacho. Su cometido se centraba sobre todo en la administración del sistema de justicia en el condado de Los Ángeles. Más de doscientos cincuenta juzgados y cuarenta tribunales se hallaban bajo su potestad. En cada citación que se echaba al correo para formar parte de un jurado figuraba su nombre, y cada espacio de aparcamiento asignado en un garaje del tribunal contaba con su aprobación. Holder asignaba jueces tanto por geografía como por ámbito legal: penal, civil, de menores o de familia. Cuando se elegían nuevos magistrados, era la juez Holder quien decidía si su destino era Beverly Hills o Compton, y si juzgarían causas financieras de altos vuelos en un tribunal civil o demandas de divorcio que te secaban el alma en tribunales de familia.

Me había vestido de prisa con lo que consideraba mi traje de la suerte. Era un Corneliani importado de Italia que me gustaba ponerme en días de veredicto. Puesto que no había estado en un tribunal desde hacía un año, ni oído un veredicto en mucho más, tuve que sacarlo de una funda de plástico colgada en el fondo del armario. Después, me apresuré a ir al centro sin más demora, pensando que podría estar dirigiéndome hacia algún tipo de veredicto sobre mí mismo. Mientras conducía, mi mente repasó casos y clientes que había dejado atrás un año antes. Por lo que yo sabía, nada había quedado abierto sobre la

mesa, pero quizá se había presentado una queja o la juez se había enterado de algún cotilleo judicial y estaba llevando a cabo su propia investigación. Fuera como fuese, entré en el tribunal con mucha inquietud. Una citación de cualquier juez normalmente no era una buena noticia; una citación de la presidenta del Tribunal Superior era aún peor.

La sala del tribunal estaba oscura y el puesto de la secretaria junto al estrado del juez se hallaba vacío. Pasé por la cancela, y me estaba dirigiendo hacia la puerta que daba al pasillo de atrás cuando abrí y entró la secretaria. Michaela Gill era una mujer de aspecto agradable que me recordaba a mi profesora de tercer grado. No esperaba encontrarse a un hombre acercándose al otro lado de la puerta cuando la abrió, así que se sobresaltó y casi soltó un grito. Me identifiqué rápidamente antes de que pudiera correr a pulsar el botón de alarma situado en el estrado del juez. Michaela Gill recuperó el aliento y me hizo pasar sin más demora.

34 Recorrí el pasillo y encontré a la juez sola en su despacho, trabajando tras un inmenso escritorio de madera oscura. Su toga negra estaba colgada de un perchero en el rincón, a iba vestida con un traje granate de corte tradicional. Tenía unos cincuenta y cinco años y su aspecto era atractivo y arreglado. Era delgada y llevaba el pelo castaño recogido en un moño formal.

No había visto antes a la juez Holder, pero había oído hablar de ella. Había pasado veinte años como fiscal antes de ser designada para el puesto de juez por un gobernador conservador. Presidió casos penales, tuvo unos pocos de los grandes y se ganó fama de dictar las penas más altas. Consecuentemente, conservó sin problemas la confianza del electorado después de su primer mandato. Fue elegida presidenta del Tribunal cuatro años después y había mantenido el cargo desde entonces.

—Señor Haller, gracias por venir —dijo—. Me alegro de que su secretaria lo haya encontrado por fin.

Había un tono impaciente si no imperioso en su voz.

—La verdad es que no es mi secretaria, señoría. Pero me encontró. Siento haber tardado tanto.

—Bueno, aquí está. Me parece que no nos hemos conocido antes, ¿no?

—Creo que no.

—Bueno, esto traicionará mi edad, pero lo cierto es que me opuse a su padre en un juicio en una ocasión. Fue uno de sus últimos casos, si no recuerdo mal.

Tuve que reajustar mi cálculo de su edad. Tendría al menos sesenta si había estado en un tribunal con mi padre.

—En realidad era la tercera fiscal del caso, acababa de salir de la facultad de derecho de la Universidad del Sur de California, completamente verde. Estaban tratando de darme cierta experiencia en juicios, era un caso de homicidio y me dejaron ocuparme de un testigo. Me preparé una semana para mi interrogatorio directo y su padre destrozó al hombre en el contrainterrogatorio en diez minutos. Ganamos el caso, pero nunca olvidé la lección. Hay que estar preparado para cualquier cosa.

Asentí. A lo largo de los años había conocido a muchos abogados mayores que compartían conmigo anécdotas de Mickey Haller Senior. Yo tenía pocas historias propias. Antes de que pudiera preguntarle a la juez respecto al caso en el cual lo había conocido, ella siguió adelante.

—Pero no es por eso por lo que lo he llamado —dijo.

—Lo supongo, señorita. Me daba la sensación de que tenía algo... bastante urgente.

—Así es. ¿Conocía a Jerry Vincent?

Inmediatamente me sentí desconcertado por su uso del pasado.

—¿Jerry? Sí, conozco a Jerry Vincent. ¿Qué pasa?

—Está muerto.

—¿Muerto?

—Asesinado, a decir verdad.

—¿Cuándo?

—Anoche. Lo siento.

Bajé los ojos y miré la placa de su mesa. Grabado en letra cursiva en un soporte plano de madera que sostenía un mazo ceremonial, una pluma y un tintero se leía: HONORABLE M. T. HOLDER.

—¿Tenían mucha relación? —preguntó ella.

Era una buena pregunta y yo realmente no conocía la respuesta. Mantuve la mirada baja al hablar.

—Tuvimos casos uno contra el otro cuando él estaba en la fiscalía y yo era abogado de oficio. Los dos lo dejamos por el ejercicio privado más o menos al mismo tiempo y los dos trabajábamos solos. A lo largo de los años, colaboramos en algunos casos, un par de juicios por drogas, y en cierto modo nos cubríamos el uno al otro cuando hacía falta. Me cedió algún caso ocasionalmente cuando era algo de lo que no quería ocuparse.

Había tenido una relación profesional con Jerry Vincent. De cuando en cuando brindábamos en el Four Green Fields o nos veíamos en el Dodger Stadium. Ahora bien, decir que manteníamos una relación estrecha habría sido una exageración por mi parte. Sabía poca cosa de él fuera del mundo de la ley. Había oído hablar de un divorcio tiempo atrás como un cotilleo, pero nunca le había preguntado al respecto. Eso era información personal y no necesitaba conocerla.

36 —Parece olvidarlo, señor Haller, pero yo estaba en la fiscalía cuando el señor Vincent era un joven prometedor. Pero perdió un gran caso y su estrella se apagó. Fue entonces cuando pasó al ejercicio privado.

Miré a la juez, pero no dije nada.

—Y creo recordar que usted era el abogado defensor en ese caso —añadió ella.

Asentí con la cabeza.

—Barnett Woodson. Conseguí una absolución por doble homicidio. Salió del tribunal y se disculpó sarcásticamente ante los medios por irse de rositas. Se lo restregó por la cara a la fiscalía, y se puede decir que eso acabó con la carrera de Jerry como fiscal.

—Entonces, ¿por qué iba a trabajar con usted o pasarle casos?

—Porque, señoría, al poner fin a su carrera de fiscal, empecé su carrera de abogado defensor.

Lo dejé ahí, pero no era bastante para ella.

—¿Y?

—Y al cabo de un par de años estaba ganando cinco veces más de lo que ganaba en la fiscalía. Me llamó un día y me dio las gracias por mostrarle la luz.

La juez asintió de manera cómplice.

—Todo se reducía al dinero. Quería dinero.

Me encogí de hombros como si me sintiera incómodo respondiendo por un hombre muerto, y no contesté.

—¿Qué le pasó a su cliente? —preguntó la juez—. ¿Qué fue del hombre que quedó impune del homicidio?

—Le habría ido mejor con una condena. Woodson resultó muerto en un tiroteo desde un coche unos dos meses después de la absolución.

La juez asintió otra vez, esta vez como diciendo: fin de la historia, justicia servida. Traté de volver a concentrarme en Jerry Vincent.

—No puedo creer esto de Jerry. ¿Sabe qué ocurrió?

—No está claro. Aparentemente lo encontraron anoche en su coche, en el garaje de su oficina. Lo mataron a tiros. Me han dicho que la policía todavía está en la escena del crimen y no ha habido detenciones. Todo esto viene de un periodista del *Times* que me llamó al despacho para preguntar qué pasaría ahora con los clientes del señor Vincent, sobre todo Walter Elliot.

Asentí. Durante los últimos doce meses había vivido en una burbuja, pero no era tan impermeable como para no haberme enterado del caso de homicidio del que se acusaba al magnate del cine. Era sólo uno en una cadena de grandes casos que Vincent había logrado a lo largo de los años. A pesar del fiasco de Woodson, su currículum como fiscal de perfil alto lo había colocado desde el principio como abogado defensor de altas esferas. No tenía que ir a buscar clientes: acudían a él. Y normalmente éstos podían pagar o tenían algo que decir, lo cual significaba que poseían al menos uno de estos tres atributos: podían pagar muchos dólares por su representación legal, eran demostrablemente inocentes de los cargos que se les imputaban o eran claramente culpables pero tenían a la opinión pública de su lado. Eran clientes a los que podía respaldar y defender con franqueza sin importar lo que hubieran hecho. Clientes que no le hacían sentirse sucio al final del día.

Y Walter Elliot cumplía con al menos uno de esos atributos. Era el presidente y propietario de Archway Pictures y un hombre muy poderoso en Hollywood. Estaba acusado de asesinar a

su mujer y al amante de ésta en un rapto de ira después de descubrirlos juntos en una casa de playa de Malibú. El caso ofrecía toda clase de conexiones con el sexo y los famosos y estaba atrayendo una amplia atención de los medios. Había sido una máquina publicitaria para Vincent y ahora estaba disponible.

La juez me sacó de mi ensueño.

—¿Está familiarizado con el RPC 2/300? —me preguntó.

Me delaté involuntariamente al entrecerrar los ojos con la pregunta.

—Eh... no exactamente.

—Deje que le refresque la memoria. Es la sección del reglamento del Colegio de Abogados de California que regula la conducta profesional referida en la transferencia o venta de un bufete. Nosotros, por supuesto, estamos hablando de transferencia en este caso. El señor Vincent aparentemente le nombraba su segundo en su contrato de representación estándar. Esto le permitía cubrirlo cuando lo necesitaba y le incluía a usted, si era necesario, en la relación abogado-cliente. Adicionalmente, he descubierto que presentó una moción hace diez años que permitía la transferencia de las causas de su bufete en el caso de incapacidad o muerte. La moción nunca se alteró ni actualizó, pero está claro cuáles eran sus intenciones.

38

Me limité a mirarla. Conocía la cláusula en el contrato estándar de Vincent. Yo tenía la misma en el mío, nombrándolo a él. Pero de lo que me di cuenta era de que la juez me estaba diciendo que ahora yo tenía los casos de Jerry. Todos ellos, Walter Elliot incluido.

Esto, por supuesto, no significaba que fuera a quedarme todos los casos. Cada cliente tendría libertad para cambiar de abogado una vez informado del fallecimiento de Vincent. Pero significaba que tendría la primera opción con ellos.

Reflexioné. No había tenido un cliente en un año y el plan era empezar poco a poco, no con un montón de causas como las que aparentemente acababa de heredar.

—Sin embargo —dijo la juez—, antes de que se entusiasme en exceso respecto a esta cuestión, debo decirle que sería negligente con mi papel de presidenta del Tribunal si no hiciera todo lo que está en mi mano para garantizar que los clientes

del señor Vincent se transfieren a un abogado sustituto de buena posición y competencia.

De pronto lo comprendí. Me había llamado para explicarme por qué no iba a asignarme los clientes de Vincent. Iba a actuar contra los deseos del difunto abogado y nombrar a otro, probablemente alguno de los generosos contribuyentes a su última campaña de reelección. La última vez que lo miré yo había contribuido exactamente con cero dólares a sus arcas a lo largo de los años.

Pero entonces la juez me sorprendió.

—He consultado con algunos de los jueces —dijo—, y soy consciente de que no ha estado ejerciendo la abogacía durante casi un año. No he encontrado ninguna explicación para esto. Antes de dictar la orden que le nombre abogado sustituto en esta materia, necesito estar convencida de que no estoy entregando los clientes del señor Vincent al hombre equivocado.

Hice un gesto de conformidad con la esperanza de ganar un poco de tiempo antes de verme obligado a responder.

—Señoría, tiene razón. He estado fuera de circulación durante un tiempo. Pero acabo de empezar a dar pasos para volver.

—¿Por qué se tomó un descanso?

Me lo preguntó sin rodeos, sosteniéndome la mirada y buscando cualquier signo que indicara evasión de la verdad en mi respuesta. Hablé con sumo cuidado.

—Señoría, tuve un caso hace un par de años. El nombre del cliente era Louis Roulet. Era...

—Recuerdo el caso, señor Haller. Y recuerdo que le dispararon. Pero, como ha dicho, eso fue hace un par de años. Creía recordar que había estado ejerciendo durante un tiempo después de eso. Recuerdo la noticia de su vuelta al trabajo.

—Bueno, lo que ocurrió es que volví demasiado pronto. Me dispararon en la tripa, señoría, debería haberme tomado mi tiempo. Me apresuré a volver, pero enseguida empecé a sentir dolores y los médicos me dijeron que tenía una hernia, así que me operaron y hubo complicaciones. Lo hicieron mal. Aumentó el dolor, hubo otra operación y, bueno, para hacerlo breve, estuve un tiempo fuera de combate. Decidí que la segunda vez no volvería hasta estar seguro de que estaba preparado —expliqué.

La juez asintió con compasión. Suponía que había hecho bien en omitir la parte sobre mi adicción a los calmantes y mi temporada en rehabilitación.

—El dinero no era problema —añadí—. Tenía algunos ahorros y también cobré de la compañía de seguros, así que me tomé mi tiempo para volver. Pero estoy preparado. Estaba a punto de contratar otra vez la contracubierta de las Páginas Amarillas.

—Entonces, supongo que heredar todos los clientes de un bufete le resultaría muy conveniente, ¿no? —dijo ella.

No sabía qué responder a su pregunta ni al tono meloso en que la había planteado.

—Lo único que puedo decirle, señoría, es que me ocuparía adecuadamente de los clientes de Jerry Vincent.

La juez asintió con la cabeza, pero no me miró al hacerlo. Conocía la señal. Ella sabía algo. Y le inquietaba. Quizás estaba informada de lo de la rehabilitación.

40 —Según los registros del Colegio de Abogados, le han sancionado varias veces —dijo la juez Holder.

Ya estábamos otra vez. Había vuelto a la idea de confiar los casos a otro abogado, probablemente algún contribuyente a su campaña de Century City que no sería socio del selecto club Riviera si ello dependiera de su capacidad de orientarse en unas diligencias penales.

—Eso es historia antigua, señoría. Todo por tecnicismos. Estoy en buenas relaciones con el Colegio de Abogados. Si les llama hoy, estoy seguro de que se lo dirán.

La juez Holder me miró durante un momento interminable antes de bajar la mirada al documento que tenía delante de ella en el escritorio.

—Pues muy bien —dijo.

Mary Townes Holder garabateó su firma en la última página del documento. Sentí un familiar cosquilleo de excitación en el pecho.

—Esto es una orden que le transfiera los casos a usted —dijo la juez—. Podría necesitarla cuando vaya a la oficina de Vincent. Y deje que le diga esto: voy a controlarle. Quiero un inventario de casos actualizado al principio de la semana próxima y el

estatus de cada caso en la lista de clientes. Quiero saber qué clientes trabajarán con usted y cuáles buscarán otra representación. Después de eso, quiero actualizaciones de estatus quincenales de todos los casos de los cuales siga siendo responsable. ¿Estoy siendo clara?

—Perfectamente clara, señoría. ¿Durante cuánto tiempo?

—¿Qué?

—¿Durante cuánto tiempo quiere que le dé informes quincenales?

La juez me miró y se le endureció la expresión.

—Hasta nuevo aviso. —Me entregó la orden—. Ahora puede irse, señor Haller, y yo en su lugar iría a la oficina de Vincent y protegería a mis clientes de cualquier registro ilegal y requisación de sus archivos por parte de la policía. Si tiene algún problema, no dude en llamarme. He puesto mi número particular en la orden.

—Sí, señoría. Gracias.

—Buena suerte, señor Haller.

Me levanté para salir. Cuando llegué al umbral del despacho, me volví a mirarla. La juez Holder tenía la cabeza baja y estaba enfrascada en la siguiente orden judicial.

41

En el pasillo del Tribunal, leí el documento de dos páginas que me había dado la juez, confirmando que lo que acababa de ocurrirme era real.

Lo era. El documento que obraba en mi poder me designaba abogado sustituto, al menos temporalmente, en todos los casos de Jerry Vincent. Me garantizaba acceso inmediato a la oficina del difunto abogado, a sus archivos y a las cuentas bancarias en las cuales se habían depositado los anticipos de sus clientes.

Saqué mi teléfono móvil y llamé a Lorna Taylor. Le pedí que buscara la dirección de la oficina de Jerry Vincent. Ella me la dio y yo le pedí que se reuniera conmigo allí y que comprara dos sándwiches por el camino.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque no he comido.

—No, ¿por qué vamos al despacho de Jerry Vincent?

—Porque hemos vuelto al trabajo.

*M*e dirigía hacia el despacho de Jerry Vincent en mi Lincoln cuando pensé en algo y volví a telefonar a Lorna Taylor. Al no obtener respuesta, la llamé al móvil y la pillé en su coche.

—Voy a necesitar un investigador. ¿Cómo te sentirías si llamara a Cisco?

42 Hubo una duda antes de que ella respondiera. Cisco era Dennis Wojciechowski, su relación del último año. Yo era quien los había presentado cuando recurrí a él en un caso. Según mis últimas informaciones, estaban viviendo juntos.

—Bueno, no tengo problema en trabajar con Cisco. Pero me gustaría que me dijeras de qué va todo esto.

Lorna conocía a Jerry Vincent como una voz al teléfono. Era ella quien atendía sus llamadas cuando Jerry quería saber si yo podía estar en una sentencia o hacerme cargo de un cliente en una vista incoatoria. No recordaba si se habían conocido en persona. No quería darle la noticia por teléfono, pero las cosas estaban avanzando demasiado deprisa para eso.

—Jerry Vincent está muerto.

—¿Qué?

—Lo asesinaron anoche y yo voy a tener la primera opción en todos sus casos, Walter Elliot incluido.

Lorna se quedó en silencio un buen rato antes de responder.

—Dios mío... ¿Cómo? Era un tipo muy agradable.

—No recordaba si lo habías conocido.

Lorna trabajaba desde su casa de West Hollywood. Todas mis llamadas y facturas pasaban por ella. Si había una oficina física para la firma legal Michael Haller & Associates, ésa era su casa. Pero no había asociados y, cuando trabajaba, mi oficina

estaba en el asiento trasero de mi coche, lo cual dejaba pocas ocasiones para que Lorna se encontrara cara a cara con cualquiera de las personas a las que yo representaba o con las cuales me relacionaba laboralmente.

—Vino a nuestra boda, ¿no te acuerdas?

—Es verdad. Lo había olvidado.

—No puedo creerlo. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Holder dijo que le dispararon en el garaje de su despacho. Puede que averigüe algo cuando llegue allí.

—¿Tenía familia?

—Creo que estaba divorciado, pero no sé si tenía hijos. Me parece que no.

Lorna no dijo nada. Ambos estábamos sumidos en nuestros propios pensamientos.

—Deja que cuelgue para que pueda llamar a Cisco —dije finalmente—. ¿Sabes qué está haciendo hoy?

—No, no me lo ha dicho.

—Vale, ya lo veré.

—¿De qué quieres el sándwich?

—¿De qué zona vienes?

—De Sunset.

—Para en Dusty's y cómprame uno de pavo con salsa de arándanos. Hace casi un año que no me como uno de éstos.

—Vale.

—Y coge algo para Cisco por si tiene hambre.

—Hecho.

Colgué y busqué el número de Dennis Wojciechowski en la libreta de direcciones que guardaba en el compartimento de la consola central. Tenía su número de móvil. Cuando respondió, oí una mezcla de viento y el petardeo del tubo de escape al teléfono. Cisco iba en su moto y, aunque sabía que llevaba un móvil con auricular y micrófono en el casco, tuve que gritar.

—Soy Mickey Haller. Para.

Esperé y oí que paraba el motor de su Harley Davidson Panhead del sesenta y tres.

—¿Qué pasa, Mick? —preguntó cuando finalmente se hizo el silencio—. Hacía tiempo que no tenía noticias tuyas.

—Vas a tener que volver a poner silenciadores en los tubos,

macho, o te quedarás sordo antes de que cumplas cuarenta y no tendrás noticias de nadie.

—Ya he cumplido cuarenta y oigo bastante bien. ¿Qué pasa?

Wojciechowski era un investigador de defensa *freelance* que usaba en algunos casos. Así era como había conocido a Lorna, recogiendo su paga. Pero yo lo conocía desde hacía más de diez años por su relación con el club de moteros Road Saints, un grupo para el que fui de facto el abogado de la casa durante varios años. Dennis nunca llevaba los colores de los Road Saints, pero se lo consideraba miembro asociado. El grupo incluso le había puesto un apodo, sobre todo porque ya había otro Dennis en el grupo y su apellido, Wojciechowski, era intolerablemente difícil de pronunciar. Dada su tez morena y su bigote lo bautizaron Cisco Kid. No importaba que fuera al ciento por ciento polaco del lado sur de Milwaukee.

44 Cisco era un tipo grande e imponente que, pese a que iba con los Saints, no se metía en problemas. Nunca lo detuvieron y gracias a eso pudo solicitar una licencia estatal de investigador privado. Ahora, muchos años después, el pelo negro había desaparecido y el bigote lo llevaba recortado y se le estaba poniendo gris. Pero el nombre de Cisco y su afición por las Harley clásicas construidas en su ciudad natal eran para toda la vida.

Cisco era un investigador concienzudo y reflexivo. Y además tenía otro valor: era grande y fuerte y podía ser físicamente intimidante en caso de necesidad. Ese atributo en ocasiones resultaba muy útil para localizar a gente que revoloteaba por los alrededores de un caso criminal y tratar con ella.

—Para empezar, ¿dónde estás?

—En Burbank.

—¿Estás en un caso?

—No, sólo de paseo. ¿Por qué? ¿Tienes algo para mí? ¿Finalmente vas a aceptar un caso?

—Un montón. Y voy a necesitar un investigador.

Le di la dirección de la oficina de Vincent y le pedí que se reuniera conmigo allí cuanto antes. Sabía que Vincent habría usado un grupo de investigadores o sólo uno en particular, y

que podríamos perder mucho tiempo mientras Cisco cogía el ritmo de los casos, pero no me importaba. Quería un investigador en el cual pudiera confiar y con el cual ya tuviera una relación previa. También iba a necesitar que Cisco se pusiera a trabajar de inmediato investigando los domicilios de mis nuevos clientes. Mi experiencia con los acusados en casos penales es que no siempre se los encuentra en las direcciones que ponen en la hoja de información del cliente cuando contratan la representación legal.

Después de cerrar el teléfono, me di cuenta de que acababa de pasar por delante del edificio que albergaba la oficina de Vincent. Estaba en Broadway, cerca de la Tercera y había mucho tráfico de coches y peatones para que intentara un giro de ciento ochenta grados. Perdí diez minutos en volver al sitio porque me encontré con semáforos en rojo en cada esquina. Cuando llegué al lugar correcto, me sentí tan frustrado que decidí volver a contratar un chófer lo antes posible para poder concentrarme en los casos en lugar de en los sentidos de las calles.

La oficina de Vincent estaba en un edificio de seis pisos llamado simplemente Legal Center. El hecho de que estuviera tan cerca de los principales tribunales del centro —tanto civiles como penales— significaba que era un edificio lleno de abogados judiciales. La clase de lugar que quienes odian a los abogados —polis y médicos para empezar— probablemente deseaban que se derrumbara cada vez que había un terremoto. Vi la entrada al garaje en la puerta de al lado y me metí.

Mientras estaba sacando el tíquet de la máquina, un policía uniformado se acercó a mi coche. Llevaba una tablilla con sujetapapeles.

—¿Señor? ¿Tiene algo que hacer en este edificio?

—Por eso estoy aparcando aquí.

—Señor, ¿puede decirme de qué asunto se trata?

—No es asunto suyo, agente.

—Señor, estamos llevando a cabo una investigación de escena del crimen en el garaje y necesito saber cuál es su asunto antes de dejarle pasar.

—Mi oficina está en el edificio —dije—, ¿basta con eso?

No era exactamente una mentira. Llevaba la orden de la juez Holder en el bolsillo de la chaqueta. Eso me daba una oficina en el edificio.

La respuesta aparentemente funcionó. El agente pidió ver mi documento de identidad y, aunque podría haber argumentado que no tenía derecho a pedirme la documentación, decidí que no había necesidad de hacer de ello un caso federal. Saqué mi billetera, le di mi documento de identidad y él anotó mi nombre y mi número de carné de conducir antes de dejarme pasar.

—Ahora mismo no hay ninguna plaza de aparcamiento libre en el segundo nivel —dijo—. No han terminado con la escena.

Lo saludé y enfilé la rampa. Cuando alcancé la segunda planta, vi que estaba vacía de vehículos salvo por los dos coches patrulla y una berlina negra BMW que estaban cargando en un camión grúa del garaje de la policía. El coche de Jerry Vincent, supuse. Otros dos policías uniformados estaban empezando a retirar la cinta amarilla de la escena del crimen que se había usado para acordonar la planta del aparcamiento. Uno de ellos me hizo una señal para que no me detuviera. No vi detectives alrededor, pero la policía todavía no estaba dejando la escena del crimen.

Seguí subiendo y no encontré un sitio donde dejar el Lincoln hasta que llegué a la quinta planta. Una razón más por la que necesitaba conseguir otro chófer.

La oficina que estaba buscando se hallaba en la segunda planta, en la parte delantera del edificio. La puerta de cristal opaco estaba cerrada, pero no con llave. Entré en una sala de recepción con una zona de asientos y un mostrador, detrás del cual había una mujer sentada con los ojos enrojecidos de llorar. Estaba al teléfono, pero cuando me vio, lo dejó en el mostrador sin decir ni siquiera «espera» a la persona con la que estaba hablando.

—¿Es de la policía? —preguntó.

—No —repuse.

—Entonces lo siento, la oficina está cerrada hoy.

Me acerqué al mostrador sacando la orden judicial de la juez Holder del bolsillo interior de mi chaqueta.

—Para mí no —dije al tiempo que se la entregaba.

Desdobló el documento y lo miró, pero no parecía estar leyéndolo. Me fijé en que en una de sus manos sostenía unos pañuelos de papel.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Es una orden judicial —contesté—. Me llamo Michael Haller y la juez Holder me ha asignado como el abogado sustituto de los clientes de Jerry Vincent. O sea que vamos a trabajar juntos. Llámeme Mickey.

Ella negó otra vez con la cabeza como si se resguardara de alguna amenaza invisible. Normalmente, mi nombre no conlleva esa clase de poder.

—No puede hacer esto. Al señor Vincent no le gustaría.

Le quité de las manos los papeles y los volví a doblar. Empecé a guardarme el documento otra vez en el bolsillo.

—En realidad sí que puedo hacerlo. La presidenta del Tribunal Superior de Los Ángeles me lo ha asignado. Y si se fija bien en los contratos de representación que el señor Vincent hacía firmar a sus clientes, encontrará mi nombre en ellos, citado como su abogado asociado. Así pues, lo que usted crea que el señor Vincent hubiera querido es irrelevante en este punto, porque él de hecho presentó los documentos que me nombraban su sustituto si quedaba incapacitado o... moría.

La mujer tenía una expresión de desconcierto. Tenía el rímel corrido bajo un ojo, lo cual le daba un aspecto desequilibrado, casi cómico. Por alguna razón me asaltó una visión de Liza Minelli.

—Si quiere puede llamar a la secretaria de la juez Holder y hablarlo con ella —expliqué—. Entre tanto, la verdad es que necesito ponerme en marcha. Sé que ha sido un día muy difícil para usted. También ha sido duro para mí, conocía a Jerry desde sus tiempos en la fiscalía. Así que le doy mi pésame.

La miré y esperé una respuesta, pero ésta siguió sin producirse. Continué insistiendo.

—Voy a necesitar algunas cosas para ponerme en marcha aquí. Para empezar, su calendario. Quiero reunir una lista de todos los casos activos que Jerry estaba manejando. Luego, voy a necesitar que saque los archivos de los...

—No está —dijo abruptamente.

—¿Qué es lo que no está?

—Su portátil. La policía me dijo que el asesino se llevó su maletín del coche. Lo guardaba todo en su portátil.

—¿Se refiere a su calendario? ¿No tenía una copia en papel?

—Eso tampoco está, se llevaron su portafolios. Estaba en el maletín.

La mujer tenía la mirada perdida. Di un golpecito encima de la pantalla del ordenador de su escritorio.

—¿Y este ordenador? —pregunté—. ¿No hacía copia de su calendario en ningún sitio?

No dijo nada, así que volví a preguntar.

—¿Jerry hacía copia de su calendario en algún otro sitio? ¿Hay alguna forma de acceder a ella?

La mujer finalmente me miró y me dio la sensación de que disfrutaba con la respuesta.

—Yo no actualizaba el calendario, lo hacía él. Lo guardaba todo en su portátil y mantenía una copia en papel en el viejo portafolios que llevaba. Pero han desaparecido las dos cosas. La policía me ha hecho buscar en todas partes aquí, pero ha desaparecido.

Asentí con la cabeza. El calendario que faltaba iba a suponer un problema, pero no era insuperable.

—¿Y los expedientes? ¿Tenía alguno en el maletín?

—Creo que no. Guardaba todos los expedientes aquí.

—Bueno. Lo que vamos a tener que hacer es sacar todos los casos activos y reconstruir el calendario a partir de los archivos. También necesitaré ver todos los libros de contabilidad y talonarios de cheques de la cuenta de fideicomiso y la operativa.

Me miró con cara de pocos amigos.

—No se va a llevar su dinero.

—No se... —Me detuve, respiré hondo y empecé de nuevo con un tono calmado pero directo—. Para empezar, le pido disculpas. He empezado por el final. Ni siquiera conozco su nombre. Empecemos otra vez, ¿cómo se llama?

—Wren.

—¿Wren? ¿Wren qué?

—Wren Williams.

—Muy bien, Wren, deje que le explique algo. No es su dinero, es el dinero de sus clientes y hasta que ellos digan lo contrario, sus clientes son ahora los míos. ¿Lo entiende? Oiga, le he dicho que soy consciente de la agitación emocional del día y del *shock* que está experimentando. Yo también lo estoy experimentando en parte. Pero ha de decidir ahora mismo si está conmigo o contra mí, Wren. Porque si está conmigo, necesito que me consiga las cosas que le he pedido, y voy a necesitar que trabaje con mi gerente de casos en cuanto ella llegue aquí. Si está contra mí, entonces necesito que se vaya a su casa inmediatamente.

Wren Williams negó lentamente con la cabeza.

—Los detectives me han dicho que me quede hasta que ellos hayan terminado.

—¿Qué detectives? Sólo quedaban un par de agentes uniformados allí cuando he llegado.

—Los detectives de la oficina del señor Vincent.

—¿Ha dejado...?

No terminé. Pasé al otro lado del mostrador y me dirigí hacia las dos puertas de la pared del fondo. Elegí la de la izquierda y la abrí.

Entré en la oficina de Jerry Vincent. Era grande y opulenta y estaba vacía. Giré en redondo hasta que me descubrí mirándome en los ojos saltones de un gran pez montado en la pared sobre una credencia de madera oscura situada junto a la puerta por la que había entrado. El pez era de un verde hermoso, con el vientre blanco. Su cuerpo estaba arqueado como si se hubiera congelado en el preciso instante en que había salido del agua, y tenía la boca tan abierta que podría haber metido el puño por ella.

Clavada en la pared, debajo del pez, había una placa de latón. Decía:

SI HUBIERA MANTENIDO LA BOCA CERRADA  
NO ESTARÍA AQUÍ

«Un lema de vida», pensé. La mayoría de los acusados en casos penales acaban en prisión por bocazas. Pocos logran salir

hablando. El mejor consejo que he dado nunca a un cliente es que mantuviera la boca cerrada: no hables con nadie de tu caso, ni siquiera con tu mujer. Te reservas la opinión. Te acoges a la Quinta y sobrevives para luchar al día siguiente.

El sonido inconfundible de un cajón de metal abriéndose y luego cerrándose de golpe me hizo volver. Al otro lado de la habitación había otras dos puertas. Ambas estaban abiertas aproximadamente un palmo y una de ellas daba a un cuarto de baño en penumbra. A través de la otra vi luz.

Me acerqué rápidamente a la sala iluminada y abrí la puerta del todo. Era la sala de archivos, un gran vestidor sin ventanas con filas de archivadores de acero a ambos lados. Había una pequeña mesita de trabajo apoyada contra la pared del fondo.

Vi a dos hombres sentados a la mesa de trabajo, uno mayor y el otro joven. Probablemente uno estaba allí para enseñar y el otro para aprender. Se habían quitado las chaquetas y las habían colgado en las sillas. Me fijé en las pistolas y las cartucheras y en las placas enganchadas a sus cinturones.

50 —¿Qué están haciendo? —pregunté con brusquedad.

Los hombres levantaron la mirada de su lectura. Reparé en una pila de carpetas que había en la mesa entre ambos. Los ojos de los detectives se ensancharon momentáneamente por la sorpresa cuando me vieron.

—Policía de Los Ángeles —dijo el mayor—. Y supongo que debería hacerle la misma pregunta.

—Éstos son mis archivos y van a tener que dejarlos ahora mismo.

El hombre más mayor se levantó y vino hacia mí. Otra vez empecé a sacar la orden judicial de mi chaqueta.

—Me llamo...

—Sé quién es —dijo el detective—, pero todavía no sé lo que está haciendo aquí.

Le entregué la orden judicial.

—Entonces, esto debería explicarlo. La presidenta del Tribunal Superior me ha nombrado abogado sustituto de los clientes de Jerry Vincent. Eso significa que sus casos son ahora mis casos. Y no tiene derecho a estar aquí dentro mirando estos archivos; es una clara violación de los derechos de protección de

mis clientes contra el registro e incautación ilegales. Estos expedientes contienen comunicaciones e información confidencial abogado-cliente.

El detective no se molestó en mirar los papeles. Rápidamente pasó a la firma y la fecha en la última página. No se mostró muy impresionado.

—Vincent ha sido asesinado —dijo—. El motivo podría estar en estos archivos. La identidad del asesino podría estar en uno de ellos. Hemos de...

—No, no han de hacerlo. Lo que han de hacer es salir de aquí ahora mismo.

El detective no movió ni un músculo.

—Considero esto parte de una escena del crimen. Es usted quien ha de marcharse.

—Lea la orden, detective. No me voy a ninguna parte. Su escena del crimen está en el garaje, y ningún juez de Los Ángeles le dejaría extenderla a esta oficina y estos archivos. Es hora de que se vaya y de que yo me ocupe de mis clientes.

No hizo ningún movimiento para leer la orden judicial ni para abandonar el local.

—Si me voy, cerraré este lugar y lo precintaré.

Odiaba meterme con la policía en disputas de a ver quién mea más lejos, pero en ocasiones no había alternativa.

—Si lo hace, conseguiré que lo desprecinten en una hora. Y usted estará ante la presidenta del Tribunal Superior explicando cómo ha violado los derechos de todos y cada uno de los clientes de Vincent. En función del número de clientes de que estemos hablando, eso podría ser un récord, incluso para el Departamento de Policía de Los Ángeles.

El detective me sonrió como si le hicieran cierta gracia mis amenazas. Levantó la orden judicial.

—¿Dice que esto le da todos estos casos?

—Exacto, por ahora.

—¿Todo el bufete?

—Sí, pero cada cliente decidirá si quiere quedarse conmigo o buscar a otra persona.

—Bueno, supongo que eso le pone en nuestra lista.

—¿Qué lista?

—Nuestra lista de sospechosos.

—Eso es ridículo. ¿Por qué iba a estar en esa lista?

—Acaba de decírnoslo: ha heredado todos estos clientes de la víctima. Eso equivale a unas ganancias llovidas del cielo, ¿no? Él está muerto y usted se queda con todo el negocio. ¿Cree que eso es móvil suficiente para el crimen? ¿Le importa decirnos dónde estuvo anoche entre las ocho y la medianoche?

Me sonrió otra vez sin ninguna calidez, con esa ensayada sonrisa sentenciosa de policía. Sus ojos castaños eran tan oscuros que no distinguía la línea entre el iris y la pupila. Como ojos de tiburón, no parecían contener ni reflejar ninguna luz.

—Ni siquiera vale la pena explicar lo ridículo que es esto, pero para empezar puede hablar con la juez y descubrirá que ni siquiera estaba considerado para esto.

—Eso dice usted. Pero no se preocupe, lo verificaremos.

—Como quiera. Ahora haga el favor de salir de aquí o llamaré a la juez.

52 El detective retrocedió de la mesa y cogió la chaqueta de la silla. Se la llevó en la mano en lugar de ponérsela. Levantó una carpeta de la mesa y la empujó contra mi pecho hasta que la cogí.

—Aquí tiene uno de sus nuevos expedientes, abogado. No se atragante con él.

Cruzó el umbral y su compañero fue tras él. Los seguí fuera de la oficina y decidí tratar de reducir la tensión. Tenía la sensación de que no sería la última vez que los veía.

—Miren, detectives, siento que sea así. Trato de mantener buenas relaciones con la policía y estoy seguro de que podemos arreglar algo. Pero en este momento mi obligación es con los clientes. Ni siquiera sé lo que tengo aquí. Deme un poco de tiempo para...

—No tenemos tiempo —dijo el hombre más mayor—. Perdemos impulso y perdemos el caso. ¿Entiende en lo que se está metiendo aquí, abogado?

Lo miré un momento, tratando de entender el significado oculto detrás de la pregunta.

—Eso creo, detective. Sólo he estado trabajando en casos durante unos dieciocho años, pero...

—No estoy hablando de su experiencia. Estoy hablando de

lo que ocurrió en ese garaje. Quien mató a Vincent estaba esperándolo allí; sabía dónde estaba y cómo llegar a él. Le tendieron una emboscada.

Asentí como si comprendiera.

—Yo, en su lugar —añadió el detective—, tendría cuidado con uno esos nuevos clientes suyos. Jerry Vincent conocía a su asesino.

—¿Y cuando él era fiscal? Mandó a gente en prisión. Quizás uno de...

—Lo comprobaremos. Pero eso fue hace mucho tiempo. Creo que la persona que estamos buscando está en esos archivos.

Dicho esto, él y su compañero se encaminaron hacia la puerta.

—Espere —dije—. ¿Tiene una tarjeta? Deme una tarjeta.

Los detectives pararon y volvieron. El más mayor sacó una tarjeta de bolsillo y me la dio.

—Salen todos mis números.

—Déjeme saber qué terreno piso aquí y le llamaré y arreglaremos algo. Ha de haber una forma de que cooperemos sin poner en peligro los derechos de nadie.

—Lo que usted diga, el abogado es usted.

Asentí y leí el nombre de la tarjeta: Harry Bosch. Estaba seguro de que no conocía al hombre de antes; sin embargo, él había empezado la confrontación diciendo que sabía quién era yo.

—Mire, detective Bosch —dije—. Jerry Vincent era un colega. No éramos muy íntimos, pero éramos amigos.

—¿Y?

—Y, en fin, buena suerte. Espero que resuelva el caso.

Bosch asintió con la cabeza y noté algo familiar en ese gesto físico. Quizá sí nos conocíamos.

Se volvió para seguir a su compañero fuera de la oficina.

—¿Detective?

Bosch se volvió otra vez hacia mí.

—¿Nos hemos encontrado antes en un caso? Creo que lo conozco.

Bosch sonrió con mucha labia y negó con la cabeza.

—No —dijo—. Si hubiera sido en un caso, me acordaría.

**A**l cabo de una hora me hallaba tras el escritorio de Jerry Vincent, con Lorna Taylor y Dennis Wojciechowski sentados enfrente de mí. Estábamos comiendo nuestros sándwiches y a punto de revisar lo que habíamos reunido de una inspección preliminar de la oficina y los casos. La comida era buena, pero nadie tenía demasiado apetito, algo natural considerando dónde estábamos sentados y lo que había ocurrido al predecesor de la oficina.

54

Había enviado a Wren Williams temprano a casa. La secretaria de Jerry Vincent había sido incapaz de parar de llorar y de oponerse a que yo tomara el control de los casos de su difunto jefe. Decidí derribar la barricada mejor que rodearla constantemente. Lo último que preguntó antes de que la acompañara a la puerta era si iba a despedirla. Le dije que el jurado todavía tenía que decidirlo, pero que tenía que presentarse al trabajo como de costumbre al día siguiente.

Con Jerry Vincent muerto, y después de que Wren Williams se hubiera ido, habíamos estado dando palos de ciego hasta que Lorna averiguó el sistema de archivo y empezó a sacar los expedientes de casos activos. A partir de las anotaciones de cada expediente, Lorna había logrado empezar a reconstruir un calendario de litigios, el componente clave en la vida profesional de cualquier abogado de juicios. Una vez preparado un calendario rudimentario, empecé a respirar un poco mejor; hicimos una pausa para comer y abrimos los envases de los sándwiches que Lorna había traído de Dusty's.

El calendario de litigios era muy llevadero. Había unas pocas comparecencias, pero resultaba obvio que Vincent estaba

manteniendo el camino despejado en preparación para el juicio de Walter Elliott, programado para que empezara con la selección del jurado al cabo de nueve días.

—Bueno, empecemos —dije, con la boca todavía llena con el último bocado—. Según el calendario que hemos montado, tengo una sentencia dentro de cuarenta y cinco minutos. Así que estaba pensando que podríamos tener una discusión preliminar ahora, y luego dejaros a los dos mientras voy al tribunal. Cuando vuelva podemos ver hasta dónde hemos llegado antes de que Cisco y yo salgamos y empecemos a ir puerta por puerta.

Ambos asintieron, todavía masticando los sándwiches. Cisco tenía arándanos en el bigote, pero no lo sabía.

Lorna estaba tan arreglada y tan guapa como siempre. Era una rubia despampanante, con unos ojos que te hacían pensar que eras el centro del universo cuando te miraban a ti. Nunca me cansaba de eso. La había mantenido en nómina todo el año que estuve fuera. Podía permitírmelo con el pago del seguro y no quería correr el riesgo de que estuviera trabajando para otro abogado cuando me llegara el momento de volver al trabajo.

—Empecemos con el dinero —dije.

Lorna asintió con la cabeza. En cuanto hubo terminado de reunir los expedientes de los casos activos y me los hubo dado, siguió con las cuentas bancarias, quizá la única cosa tan importante como el calendario de litigios. Las cuentas nos dirían más que cuánto dinero tenía en sus arcas la firma de Vincent: nos daría un conocimiento de cómo manejaba su negocio unipersonal.

—Muy bien, buenas y malas noticias sobre el dinero —dijo—. Tiene 38.000 en la cuenta operativa y 129.000 en la cuenta de fideicomiso.

Silbé. Eso era mucho dinero en fideicomiso. El dinero que se recibe de los clientes va a la cuenta de fideicomiso. Al ir haciéndose el trabajo para cada cliente, se factura contra la cuenta de fideicomiso y el dinero se transfiere a la cuenta operativa. A mí siempre me gusta tener más dinero en la cuenta operativa que en la de fideicomiso, porque una vez que se mueve a aquélla, el dinero es mío.

—Hay una razón para que esté tan asimétrico —dijo Lorna, captando mi sorpresa—. Acaba de ingresar un cheque de cien mil dólares de Walter Elliot. Lo depositó el viernes.

Asentí y di un golpecito en el calendario improvisado que tenía sobre la mesa, delante de mí. Estaba dibujado en una libreta grande. Lorna tendría que salir y comprar un calendario real cuando tuviera ocasión. También tendría que introducir todas las citas judiciales en mi ordenador y en un calendario *online*. Finalmente, y como no había hecho Jerry Vincent, lo copiaría todo en una cuenta de almacenamiento de datos externa.

—El juicio de Elliot está programado para que empiece el jueves de la semana que viene —dije—. Cobró los cien mil por adelantado.

Decir lo obvio me hizo caer en la cuenta de algo.

—En cuanto terminemos aquí, llama al banco —le dije a Lorna—. Mira a ver si el cheque está retenido. Trata de que lo abonen. En cuanto Elliot se entere de que Vincent ha muerto, probablemente tratará de parar el pago.

—Entendido.

—¿Qué más sabemos sobre el dinero? Si cien son de Elliot, ¿de quién es el resto?

Lorna abrió uno de los libros de contabilidad que tenía en su regazo. Hay que poder relacionar cada dólar ingresado en una cuenta de fideicomiso con el cliente para el que se mantiene. En cualquier momento, un abogado debe poder determinar qué parte del anticipo de un cliente ha de transferirse a la cuenta operativa y usarse y cuánto queda en reserva en fideicomiso. Cien mil de la cuenta de fideicomiso estaban destinados al juicio de Walter Elliot. Eso dejaba sólo 29.000 recibidos por el resto de los casos activos. No era mucho, considerando la pila de expedientes que habíamos reunido al revisar los archivadores buscando casos activos.

—Ésa es la mala noticia —dijo Lorna—. Parece que sólo hay otros cinco o seis casos con depósitos de fideicomiso. Con el resto de los casos activos, el dinero ya se había transferido a operativo, se había gastado o los clientes lo debían.

Asentí. No era una buena noticia. Estaba empezando a parecer que Jerry Vincent iba por delante de sus casos, lo cual sig-

nificaba que había entrado en una rueda de conseguir nuevos casos para mantener el flujo de dinero y pagar por los casos existentes. Walter Elliott iba a ser el cliente salvador. En cuanto se hicieran efectivos los cien mil dólares, Vincent podría parar la rueda y tomar aire, al menos, durante un tiempo. Pero nunca tuvo la ocasión.

—¿Cuántos clientes con planes de pago? —pregunté.

Lorna consultó una vez más los registros que tenía en su regazo.

—Hay dos con pagos preliminares. Ambos muy atrasados.

—¿Quiénes son?

Ella tardó un momento en responder y consultó los datos.

—Ah, Samuels es uno y Henson es el otro. Los dos tienen unos cinco mil de atrasos.

—Y por eso aceptamos tarjetas de crédito y no pagaré.

Me estaba refiriendo a mi propia rutina de negocio. Ya hacía mucho tiempo que había dejado de proporcionar servicios de crédito. Aceptaba pagos en efectivo no reembolsables. También aceptaba plástico, pero no hasta que Lorna hubiera verificado la tarjeta.

Consulté las notas que había tomado mientras llevaba a cabo una rápida revisión del calendario y los casos activos. Tanto Samuels como Henson se hallaban en una lista que había esbozado mientras revisaba los expedientes, la de aquellos de los que iba a desembarazarme si podía. Estaba basada en mi rápida revisión de las acusaciones y hechos de los casos. Si había algo que no me gustaba de un caso —por cualquier razón— entonces iba a la lista chungu.

—No hay problema —dije—. Los dejaremos.

Samuels era un caso de homicidio culposo por conducir con exceso de alcohol y Henson era un caso de robo y posesión de droga. Henson momentáneamente retuvo mi interés porque Vincent iba a construir una defensa en torno a la adicción del cliente a los calmantes. Iba a unir compasión y desviación en una estrategia según la cual el médico que prescribió un exceso de fármacos a Henson era el máximo responsable de las consecuencias de la adicción que creó. Patrick Henson, argumentaría Vincent, era una víctima, no un delincuente.

Yo estaba íntimamente familiarizado con esta defensa, porque la había empleado de manera reiterada durante dos años para tratar de absolverme a mí mismo de numerosas infracciones que había cometido con diferentes personas en mi papel de padre, ex marido y amigo. Pero puse a Henson en lo que llamaba la lista chungu porque en el fondo sabía que la defensa no se sostendría, al menos no para mí. Y tampoco estaba preparado para ir al tribunal con esa estrategia.

Lorna asintió con la cabeza y tomó notas sobre los dos casos en un papel.

—Entonces, ¿qué resultado tienes? —preguntó—. ¿Cuántos casos estás poniendo en la lista chungu?

—Tenemos treinta y un casos activos —dije—. De éstos, estoy pensando que sólo siete parecen chungos. Así que eso significa que hay muchos casos donde el dinero no estaba en la caja registradora. O bien tendré que conseguir dinero nuevo o acabarán también en la lista chungu.

58 No estaba preocupado por tener que conseguir dinero de los clientes. El talento número uno de la defensa penal es conseguir el dinero. Era bueno en eso y Lorna era aún mejor. El truco consistía en hacerse con clientes que pagaran y nos habían caído del cielo dos docenas de ellos.

—¿Crees que la juez va a dejarte abandonar algunos de éstos? —preguntó Lorna.

—No. Pero ya pensaré en algo. Tal vez pueda alegar conflicto de intereses. El conflicto de intereses podría ser que me gusta que me paguen por mi trabajo y los clientes no quieren pagarme.

Nadie rio. Nadie sonrió siquiera. Seguí adelante.

—¿Algo más sobre el dinero? —pregunté.

Lorna negó con la cabeza.

—Nada más. Cuando estés en el tribunal, voy a llamar al banco y empezaremos con eso. ¿Quieres que los dos tengamos firma?

—Sí, igual que con mis cuentas.

No había considerado la dificultad potencial de acceder al dinero que estaba en las cuentas de Vincent. Para eso tenía a Lorna, que era excepcional con el aspecto comercial del nego-

cio. Algunos días era tan buena que deseaba que nunca nos hubiéramos casado o que nunca nos hubiéramos divorciado.

—Averigua si Wren Williams tiene firma —le dije—. Si es así, elimínala. Por ahora sólo quiero que tú y yo tengamos firma en las cuentas.

—Lo haré. Puede que tengas que volver a pedirle a la juez Holder una orden para el banco.

—No habrá problema.

Miré el reloj y vi que disponía de diez minutos antes de ir al tribunal. Volví mi atención a Wojciechowski.

—Cisco ¿qué tienes?

Antes le había pedido que recurriera a sus contactos y se informara de la investigación del asesinato de Vincent lo más posible. Quería saber qué movimientos estaban haciendo los detectives, porque por lo que había dicho Bosch, la investigación iba a estar entrelazada con los casos que acababa de heredar.

—No mucho —dijo Cisco—. Los detectives aún no han vuelto al Parker Center. Llamé a un tipo que conozco en criminalística y todavía lo están procesando todo. No hay mucha información sobre lo que tienen, pero me ha hablado de algo que no tienen: a Vincent le dispararon al menos dos veces, por lo que han visto en la escena. Y no hay casquillos. El asesino hizo limpieza.

Había algo revelador en la información. El asesino o bien había usado un revólver o había tenido la presencia de ánimo después de matar a un hombre para recoger los casquillos expulsados por la pistola.

Cisco continuó con su informe.

—Llamé a otro contacto de la central de comunicaciones y me dijo que la primera llamada se recibió a las 12.43. Ajustarán la hora de la muerte en la autopsia.

—¿Tienen una idea general de lo que ocurrió?

—Parece que Vincent trabajó hasta tarde, que era aparentemente su rutina los lunes. Trabajaba hasta tarde los lunes para preparar la semana que tenía por delante. Cuando terminó, cogió su maletín, cerró la puerta y se fue. Bajó al garaje, se metió en el coche y le dispararon a través de la ventanilla. Cuando lo

encontraron, la transmisión automática estaba en Park y el contacto encendido. La ventanilla estaba bajada. Anoche la temperatura era de quince o dieciséis grados. Podría haber bajado la ventanilla porque le gustaba el fresco, o podría haberla bajado porque alguien se acercó al coche.

—Alguien a quien conocía.

—Es una posibilidad.

Pensé en ello y en lo que el detective Bosch había dicho.

—¿Nadie estaba trabajando en el garaje?

—No, el empleado se va a las seis. Después de esa hora, has de echar el dinero en la máquina o usar tu pase mensual. Vincent tenía uno.

—¿Cámaras?

—Sólo hay cámaras cuando entras o sales en coche. Son cámaras de placa de matrícula, así si alguien dice que ha perdido su tíquet pueden saber cuándo ha entrado el coche y esa clase de cosas. Pero por lo que me ha dicho mi contacto en criminalística, no había nada útil en la cinta. El asesino no entró en el garaje en coche. O bien accedió desde el edificio o por una de las entradas de peatones.

—¿Quién encontró a Jerry?

—El vigilante de seguridad. Hay uno para el edificio y el garaje. Pasa por éste un par de veces por noche y se fijó en el coche de Vincent en la segunda pasada. Tenía las luces encendidas y estaba en marcha, así que fue a echar un vistazo. Primero creyó que Vincent estaba durmiendo, y luego vio la sangre.

Asentí, pensando en el escenario y en cómo habían ocurrido los hechos. El asesino o bien era increíblemente descuidado y afortunado, o sabía que el garaje no tenía cámaras y que podría interceptar a Jerry Vincent allí un lunes por la noche cuando el lugar estaba casi desierto.

—Vale, sigue en ello. ¿Qué pasa con Harry Potter?

—¿Quién?

—El detective. No Potter, quiero decir...

—Bosch, Harry Bosch. También estoy trabajando en eso. Supuestamente, es uno de lo mejores. Se retiró hace años y el jefe de policía en persona lo volvió a reclutar. O eso es lo que se cuenta.

Cisco consultó algunas notas en una libreta.

—El nombre completo es Hieronymus Bosch. Lleva un total de treinta y tres años en el departamento y ya sabes lo que eso significa.

—No, ¿qué significa?

—Bueno, según el programa de pensiones del Departamento de Policía de Los Ángeles, llegas al máximo a los treinta años, lo que significa que puedes retirarte con la pensión completa; no importa el tiempo que te quedes en el trabajo, después de treinta años tu pensión no aumenta. Así que no tiene sentido económico quedarse.

—A no ser que seas un hombre con una misión.

Cisco asintió.

—Exactamente. Cualquiera que se queda más de treinta años no se queda por el dinero o el empleo. Es más que un empleo.

—Espera un segundo —dije—. ¿Has dicho Hieronymus Bosch? ¿Cómo el pintor?

La segunda pregunta lo confundió.

—No sé de qué pintor hablas. Pero ése es su nombre, Hieronymus. Un nombre raro, diría yo.

—No más raro que Wojciechowski, en mi opinión.

Cisco estaba a punto de defender su nombre y origen cuando intervino Lorna.

—Pensaba que habías dicho que no lo conocías, Mickey.

Miré a Lorna y negué con la cabeza.

—Nunca lo había visto hasta hoy, pero el nombre... Conozco el nombre.

—¿Por las pinturas?

No quería meterme en una discusión de historia pasada tan distante que no podía estar seguro al respecto.

—No importa. No es nada y hemos de ponernos en marcha. —Me levanté—. Cisco, concéntrate en el caso y averigua lo que puedas de Bosch. Quiero saber hasta dónde puedo fiarme de ese tipo.

—No vas a dejarle mirar los expedientes, ¿verdad? —preguntó Lorna.

—No fue un crimen casual. Hay un asesino suelto que sabía cómo llegar a Jerry Vincent. Me sentiría mucho mejor si

nuestro hombre con una misión resolviera el caso y detuviera al culpable.

Rodeé el escritorio y me dirigí a la puerta.

—Estaré en el tribunal de la juez Champagne. Me llevaré unos cuantos casos activos para ir leyendo mientras espero.

—Te acompañaré —dijo Lorna.

Vi que le lanzaba una mirada y le hacía una señal con la cabeza a Cisco para que se quedara atrás. Salimos a la zona de recepción. Sabía lo que iba a decirme Lorna, pero dejé que lo dijera.

—Mickey, ¿estás seguro de que estás preparado para esto?

—Absolutamente.

—Éste no era el plan. Ibas a volver tranquilo ¿recuerdas? Empezar con un par de casos e ir poco a poco. En cambio, estás tomando los clientes de todo un bufete.

—Ya lo sé, pero estoy preparado. ¿No crees que esto es mejor que el plan? El caso Elliot no sólo nos da todo ese dinero, sino que va a ser como tener un cartel encima del edificio del tribunal penal que diga «He vuelto» en grandes letras de neón.

62

—Sí, eso es genial. Y sólo el caso Elliot te va a poner tanta presión que...

Lorna no terminó, pero no tenía que hacerlo.

—Lorna, he acabado con todo eso. Estoy bien, lo he superado y estoy preparado para volver. Pensaba que estarías contenta. Tendremos ingresos por primera vez en un año.

—No me preocupa eso. Quiero asegurarme de que estás bien.

—Estoy mejor que bien. Estoy entusiasmado. Siento que en un día he recuperado mi encanto. No me desanimes, ¿vale?

Me miró y yo le devolví la mirada. Al final asomó una sonrisa reticente en su expresión severa.

—Muy bien —dijo—. Entonces, ve a por ellos.

—No te preocupes, lo haré.

A pesar de que había tranquilizado a Lorna al respecto, las ideas de todos los casos y todo el trabajo de organización por hacer pesaban en mis pensamientos cuando recorría el pasillo hasta el puente que unía el edificio de oficinas con el garaje. No recordaba que había aparcado en la quinta planta y terminé subiéndolo tres rampas antes de encontrar el Lincoln. Abrí el maletero y guardé en la mochila la gruesa pila de carpetas que me había llevado.

La mochila era una híbrida que había comprado en una tienda llamada Suitcase City cuando preparaba mi regreso al trabajo. Era una bolsa que podía cargarme al hombro los días que me sentía fuerte, pero también tenía un asa, de manera que podía usarla como maletín si lo deseaba. Y tenía dos ruedas y otra asa extensible, con lo cual podía arrastrarla detrás de mí los días que me sentía débil.

Últimamente, los días en que me sentía fuerte eran más frecuentes que aquellos en los que me sentía débil y probablemente ya podría haber pasado con el maletín de cuero tradicional del abogado. Pero me gustaba la mochila e iba a seguir usándola. Tenía un logo: una silueta montañosa con las palabras SUITCASE CITY impresas como si fuera el cartel de Hollywood. Encima las luces del cielo barrían el horizonte, completando la imagen onírica de deseo y esperanza. Creo que el logo era la verdadera razón de que me gustara la mochila. Porque sabía que Suitcase City no era una tienda: era un lugar. Era Los Ángeles.

Los Ángeles es la clase de sitio donde todo el mundo es de algún otro lugar y donde nadie echa realmente anclas. Es un lugar

de paso. Gente arrastrada por el sueño, gente huyendo de la pesadilla. Doce millones de personas, y todas ellas preparadas para salir corriendo si es necesario. Figurativamente, literalmente, metafóricamente —lo mires como lo mires—, en Los Ángeles todo el mundo tiene una maleta preparada. Por si acaso.

Al cerrar el maletero, me sorprendió ver a un hombre de pie entre mi coche y el que estaba aparcado al lado. El maletero abierto me había bloqueado la visión de su acercamiento. No lo conocía, pero me di cuenta de que él sabía quién era yo. La advertencia de Bosch sobre el asesino de Vincent destelló en mi mente y me atenazó el instinto de lucha o huye.

—Señor Haller, ¿puedo hablar con usted?

—¿Quién demonios es usted y qué está haciendo escondiéndose detrás de los coches de la gente?

—No me estaba escondiendo. Le he visto y he atajado entre los coches, nada más. Trabajo para el *Times* y me preguntaba si podría hablar con usted sobre Jerry Vincent.

Negué con la cabeza y solté aire.

64

—Me ha dado un susto de muerte. ¿No sabe que lo mató en este garaje alguien que se acercó a su coche?

—Mire, lo siento. Sólo...

—Olvídelo. No sé nada del caso y he de ir al tribunal.

—Pero va a quedarse con sus casos, ¿no?

Haciéndole una seña para que se apartara de en medio, me acerqué a la puerta de mi coche.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Nuestro periodista de tribunales consiguió una copia de la orden de la juez Holder. ¿Por qué le escogió el señor Vincent? ¿Eran buenos amigos?

Abrí la puerta.

—Oiga, ¿cómo se llama?

—Jack McEvoy. Me ocupo de la crónica policial.

—Buena suerte, Jack. Pero no puedo hablar de eso ahora. Si quiere darme una tarjeta, le llamaré cuando pueda hablar.

No hizo amago de ir a darme una tarjeta ni de indicar que entendía lo que acababa de decirle. Simplemente me hizo otra pregunta.

—¿La juez le ha impuesto una orden de silencio?

—No, no me ha impuesto una orden de silencio. No puedo hablar con usted porque no sé nada, ¿de acuerdo? Cuando tenga algo que decir, lo diré.

—Bueno, ¿puede decirme por qué asume los casos de Vincent?

—Ya conoce la respuesta. Me designó la juez. Ahora he de ir al tribunal.

Me metí en el coche, pero dejé la puerta abierta mientras giraba la llave de contacto. McEvoy apoyó el codo en el techo y se inclinó para continuar con su intento de entrevista.

—Mire —dije—. He de irme, así que haga el favor de retirarse para que pueda cerrar la puerta.

—Esperaba que pudiéramos hacer un trato —dijo rápidamente.

—¿Un trato? ¿Qué trato? ¿De qué está hablando?

—De información. Tengo oídos en el departamento de policía y usted tiene oídos en el tribunal. Sería una calle de doble sentido. Me cuenta lo que oye y yo le cuento lo que oigo. Tengo la sensación de que éste va a ser un gran caso. Necesito toda la información que pueda conseguir.

Me volví y lo miré un momento.

—Pero la información que usted me dé terminará en el periódico al día siguiente. Puedo esperar y leerla.

—No toda la información se publica. Hay cosas que no se pueden publicar, aunque sepas que son verdad.

Me miró como si me estuviera transmitiendo un gran elemento de sabiduría.

—Tengo la sensación de que se enterará de las cosas antes que yo —dije.

—Me arriesgaré. ¿Trato?

—¿Tiene una tarjeta?

Esta vez sacó una tarjeta del bolsillo y me la pasó. La cogí entre los dedos y coloqué las manos en el volante. Levanté la tarjeta y la miré. Supuse que no me vendría mal tener una línea de información interna en el caso.

—Muy bien, trato.

Le hice de nuevo una señal para que se apartara y cerré la puerta; luego arranqué el coche. Seguía allí. Bajé la ventanilla.

—¿Qué? —pregunté.

—Sólo recuerde que no quiero ver su nombre en otros periódicos o en la tele diciendo cosas que yo no conozco.

—No se preocupe, sé cómo funciona.

—Bien.

Metí la marcha atrás, pero pensé en algo y mantuve el pie en el freno.

—Permita que le haga una pregunta. ¿Conoce bien a Bosch, el investigador jefe del caso?

—Sé quién es, pero la verdad es que nadie lo conoce bien. Ni siquiera su compañero.

—¿Cuál es su historia?

—No lo sé. Nunca lo pregunté.

—¿Es bueno?

—¿Resolviendo casos? Muy bueno. Creo que lo consideran uno de los mejores.

Asentí y pensé en Bosch, el hombre con una misión.

—Cuidado.

66 Di marcha atrás. McEvoy me gritó en cuanto puse el coche en Drive.

—Eh, Haller, me gusta la matrícula.

Lo saludé con la mano por la ventanilla mientras bajaba por la rampa. Traté de recordar cuál de los Lincoln llevaba y qué ponía en la matrícula. Tengo una flota de tres Town Car que me quedaron de cuando tenía un montón de casos. Pero había usado los coches con tan poca frecuencia en el último año que había puesto los tres en rotación para mantener los motores a punto y que no juntaran polvo. Supongo que formaba parte de mi estrategia de retorno. Los coches eran duplicados exactos, salvo por las placas de matrícula, y no estaba seguro de cuál conducía.

Cuando llegué a la cabina del aparcamiento y le entregué el tiquet vi una pantallita de vídeo junto a la caja registradora. Mostraba la imagen de una cámara localizada a un par de metros de mi coche. Era la cámara de la que me había hablado Cisco, diseñada para grabar el parachoques trasero y la placa de matrícula.

En la pantalla vi mi propia matrícula personalizada.

## LOS SACO

Sonreí. Los saco, claro. Me dirigía al tribunal para reunirme con uno de los clientes de Jerry Vincent por primera vez. Iba a estrecharle la mano y lo iba a sacar de allí para mandarlo directamente a prisión.

68 *J*udith Champagne estaba en el estrado del juez escuchando mociones cuando entré en su tribunal con cinco minutos de adelanto. Había otros ocho abogados haciendo tiempo, esperando su turno. Apoyé mi mochila de ruedas contra la barandilla y le susurré al actuario que había venido para ocuparme de la sentencia de Edgar Reese en lugar de Jerry Vincent. Me contó que la lista de pedimentos de la juez era larga, pero que Reese sería el primero en salir para oír su sentencia en cuanto éstos se acabaran. Le pregunté si podía ver a Reese y el actuario se levantó y me condujo por la puerta de acero que había detrás de su escritorio al calabozo contiguo al tribunal. Había tres prisioneros en la celda.

—¿Edgar Reese? —dije.

Un hombre blanco, pequeño y de complexión fuerte se acercó a los barrotes. Vi los tatuajes carcelarios que le llegaban al cuello y me sentí aliviado. Reese iba a ir a un lugar que ya conocía. No tendría que sostener la mano de un primerizo con los ojos como platos. Eso me facilitaba las cosas.

—Me llamo Michael Haller y voy a sustituir a su abogado hoy.

No creía que tuviera sentido explicar a ese tipo lo que le había ocurrido a Vincent. Sólo conseguiría que Reese me planteara un montón de preguntas, y yo no tenía tiempo ni conocimiento para responderlas.

—¿Dónde está Jerry? —preguntó Reese.

—No ha podido venir. ¿Está preparado para esto?

—Como si tuviera elección.

—¿Jerry habló de la sentencia cuando llegó al acuerdo?

—Sí, me lo dijo. Cinco años en estatal, a los tres en la calle con buena conducta.

Más bien cuatro, pero no iba a entrar en eso.

—Vale, bien, la juez está terminando algo ahí y luego le sacarán a usted. El fiscal le leerá un poco de jerigonza legal, usted responderá que sí, que lo entiende, y a continuación la juez le leerá la sentencia. Quince minutos, entrar y salir.

—No me importa cuánto tarde. No he de ir a ninguna parte.

Asentí y lo dejé allí. Llamé suavemente a la puerta metálica para que lo oyera el agente —los alguaciles del condado de Los Ángeles son agentes del sheriff—, y con la esperanza de que con un poco de suerte no lo oyera la juez. Me dejé salir y me senté en la primera fila de la galería. Abrí la bolsa y saqué la mayor parte de los archivos, dejándolos en el banco a mi lado.

El archivo de encima era el de Edgar Reese, y yo ya lo había revisado en preparación para la sentencia. Reese era uno de los clientes repetitivos de Vincent, y éste era un caso de drogas habitual. A Reese, vendedor que consumía su propio producto, lo habían pillado en una venta a un cliente que trabajaba de confidente policial. Según la información de los antecedentes del caso incluida en el expediente, el informante se concentró en Reese porque ya habían tenido un encontronazo. Previamente, el confidente le había comprado cocaína a mi cliente y había comprobado que éste la había cortado demasiado con laxante de bebé. Era un error frecuente que cometían los camellos que también consumían. Cortaban demasiado el producto, incrementando así la cantidad que les quedaba para consumo personal pero diluyendo los efectos del polvo que vendían. Era una mala práctica comercial, porque granjeaba enemigos. Un consumidor que trata de salvarse de una acusación cooperando con la policía está más inclinado a tender una trampa a un camello que no le gusta que a uno que le gusta. Ésta era la lección comercial que Edgar Reese tendría que aprender en los siguientes cinco años en la prisión estatal.

Volví a guardar la carpeta en mi mochila y miré la siguiente de la pila. El expediente correspondía a Patrick Henson, el caso del adicto a los calmantes que le había dicho a Lorna que

dejaría. Me incliné para volver a dejar la carpeta en su sitio, pero de repente volví a apoyar la espalda en el banco y la sostuve en mi regazo. Me di un par de golpecitos en el muslo con ella al tiempo que reconsideraba mi decisión. Abrí el expediente.

Henson era un surfista de veinticuatro años de Malibú originario de Florida. Era un profesional, pero del lado bajo del espectro, con limitados ingresos publicitarios y victorias en el *pro tour*. En una competición celebrada en Maui, una ola lo había empotrado contra los acantilados de lava. Se destrozó el hombro, y después de la cirugía el médico le prescribió oxicodona. Dieciocho meses después, Henson era un adicto pleno en busca de comprimidos para aliviar el dolor. Perdió sus patrocinadores y estaba demasiado débil para volver a competir. Finalmente, tocó fondo cuando robó una gargantilla de diamantes de una casa de Malibú a la que le había invitado una amiga. Según el atestado del sheriff, la gargantilla pertenecía a la madre de su amiga y contenía ocho diamantes que representaban a sus tres hijos y cinco nietos. En el atestado constaba un valor de 25.000 dólares, pero Henson lo empeñó por 400 y bajó a México para comprar doscientos comprimidos de oxicodona sin receta.

70

Fue fácil relacionar a Henson con el prestamista. Se recuperó la gargantilla de diamantes y la grabación de la cámara de seguridad del prestamista lo mostró empeñándolo. Debido al alto valor de la gargantilla, lo habían acusado en serio: robo, comercio con propiedad robada y posesión de drogas. Tampoco ayudó que la señora a la que robó la gargantilla estuviera casada con un médico bien relacionado que había contribuido generosamente a la reelección de varios miembros de la junta de supervisores.

Cuando Vincent aceptó a Henson como cliente, el surfista hizo un pago inicial de cinco mil dólares en especias. Vincent se quedó doce de sus tablas Trick Henson personalizadas y las vendió a coleccionistas en eBay. Henson también aceptó un plan de pagos de mil dólares mensuales, pero nunca había abonado ni una sola cuota porque lo enviaron a rehabilitación al día siguiente de que su madre, que vivía en Melbourne (Florida), pagara la fianza.

Según el expediente, Henson había completado con éxito la rehabilitación y estaba trabajando a tiempo parcial en un campamento de surf para niños en la playa de Santa Mónica. Apenas ganaba lo suficiente para vivir, y menos para pagar mil dólares al mes a Vincent. Su madre, entre tanto, se había arruinado con su fianza y el coste de su estancia en rehabilitación.

El expediente estaba repleto de pedimentos de postergación y otras presentaciones de instancias que formaban parte de la táctica de demora emprendida por Vincent mientras esperaba que Henson consiguiera más efectivo. Era el procedimiento estándar. Coge el dinero para empezar, sobre todo cuando el caso es probablemente chungo. El fiscal tenía a Henson grabado vendiendo la mercancía robada, lo que significaba que el caso era peor que chungo: era un animal ciego cruzando una autopista.

El número de teléfono de Henson estaba en el expediente. Una cosa que todo abogado inculcaba en los clientes no encarcelados era la necesidad de mantener un método de contacto. Quienes se enfrentaban a acusaciones penales y a posibilidades de prisión llevaban con frecuencia una vida inestable. Se trasladaban a menudo y en ocasiones eran completamente vagabundos. Pero un abogado tenía que ser capaz de conectar con ellos cuando quisiera. En el expediente constaba el móvil de Henson, y si aún era el bueno, podía llamarlo en ese mismo momento. La cuestión era si quería hacerlo.

Miré al estrado. La juez todavía estaba en medio de los argumentos orales respecto a una solicitud de fianza. Todavía había tres abogados esperando su turno para otros pedimentos y no había rastro del fiscal asignado al caso Edgar Reese. Me levanté y volví a susurrar al actuario.

—Voy a salir al pasillo a hacer una llamada. Estaré cerca.

Asintió con la cabeza.

—Si no vuelve cuando sea la hora, iré a buscarlo —dijo—. Y asegúrese de que apaga el teléfono antes de volver a entrar. A la juez no le gustan los móviles.

No tenía que decírmelo. Ya sabía de primera mano que a la juez no le gustaban los móviles en su sala. Había aprendido la lección cuando en una comparecencia ante ella mi móvil empe-

zó a sonar con la obertura de *Guillermo Tell*, un tono elegido por mi hija, no por mí. La juez me abofeteó con una multa de cien dólares y desde entonces se refería a mí como el Llanero Solitario. Esa última parte no me importaba demasiado. A veces me sentía como el Llanero Solitario; eso sí, iba en un Lincoln Town Car en lugar de en un caballo blanco.

Dejé mi mochila y las otras carpetas en el banco en la galería y salí al pasillo sólo con la carpeta de Henson. Encontré un lugar razonablemente tranquilo en el atestado pasillo y marqué el número. Respondieron en dos tonos.

—Soy Trick.

—¿Patrick Henson?

—Sí, ¿quién es?

—Soy tu nuevo abogado. Me llamo Mi...

—Vaya, espere un momento. ¿Qué ha pasado con mi viejo abogado? Tenía a ese tipo, Vincent...

—Está muerto, Patrick. Falleció anoche.

—Noooo.

—Sí, Patrick, lo siento.

Esperé un momento para ver si tenía algo más que decir al respecto; luego empecé del modo más somero y burocrático posible.

—Me llamo Michael Haller y voy a hacerme cargo de los casos de Jerry Vincent. He estado revisando tu archivo y veo que no has hecho ni un solo pago en la agenda que te puso el señor Vincent.

—Ah, joder, ése era el trato. Me he estado concentrando en tratar de ponerme bien y no tengo dinero, ¿vale? Ya le di a ese Vincent todas mis tablas. Las contó como cinco mil, pero sé que ganó más. Un par de esas tablas valían al menos mil cada una. Me dijo que sacó lo bastante para empezar, pero lo único que ha estado haciendo es retrasar las cosas. No puedo hacer nada hasta que todo esto termine.

—¿Estás bien, Patrick? ¿Estás limpio?

—Como una patena. Vincent me dijo que era la única forma si quería tener alguna oportunidad de no ir a prisión preventiva.

Miré a ambos lados del pasillo. Estaba repleto de abogados,

acusados, testigos y familiares de estos últimos. Era largo como un campo de fútbol y todo el mundo esperaba una misma cosa: un respiro. Que las nubes se abrieran y que algo les fuera de cara por una vez.

—Jerry tenía razón, Patrick. Has de mantenerte limpio.

—Lo estoy haciendo.

—¿Tienes un trabajo?

—Joder, ¿no se da cuenta? Nadie va a darle un trabajo a alguien como yo. Nadie me va a contratar. Estoy esperando a este caso y podría estar en prisión antes de que termine. Quiero decir, enseño a niños a tiempo parcial en la playa, pero no me pagan una mierda. Vivo en mi coche y duermo en una caseta de socorrista en Hermosa Beach. Hace dos años en estas fechas estaba en el Four Seasons de Maui.

—Sí, lo sé, la vida apesta. ¿Aún tienes carné de conducir?

—Es lo único que me queda.

Tomé una decisión.

—Muy bien, ¿sabes dónde está la oficina de Jerry Vincent? ¿Has estado alguna vez allí?

—Sí, le entregué las tablas allí. Y mi pez.

—¿Tu pez?

—Se llevó un sábalo real que pesqué en Florida cuando era niño. Dijo que iba a ponerlo en la pared y hacer ver que había pescado algo.

—Sí, bueno, el pez sigue allí. En cualquier caso, estate bien despierto en la oficina mañana a las nueve de la mañana y te haré una entrevista de trabajo. Si va bien, empezará enseguida.

—¿Haciendo qué?

—De chófer. Te pagaré quince pavos la hora por llevarme y otros quince contra tu tarifa. ¿Qué te parece?

Hubo un momento de silencio antes de que Henson respondiera con voz complaciente.

—Eso está bien. Allí estaré.

—Bien. Te veo entonces. Sólo recuerda una cosa, Patrick: has de estar limpio. Si no lo estás, lo sabré. Créeme, lo sabré.

—No se preocupe. Nunca volveré a esa mierda. Esa mierda me ha jodido la vida a base de bien.

—Vale, Patrick, te veré mañana.

—Eh, oiga, ¿por qué está haciendo esto?

Vacilé antes de responder.

—La verdad es que no lo sé.

Colgué el teléfono y me aseguré de apagarlo. Volví a la sala del tribunal preguntándome si estaba haciendo algo bueno o cometiendo la clase de error de la que iba a arrepentirme.

Justo a tiempo. La juez terminó con el último pedimento en el momento en que yo volvía a entrar. Vi a un ayudante de fiscal del distrito llamado Don Pierce sentado a la mesa de la acusación, preparado para empezar con la sentencia. Era un ex marine que mantenía el pelo corto y era uno de los regulares de la hora del cóctel en el Four Green Fields. Puse rápidamente todas las carpetas en mi mochila con ruedas y la arrastré hasta la mesa de la defensa.

—Bueno —dijo la juez—. Veo que el Llanero Solitario cabalga de nuevo.

Lo dijo con una sonrisa y yo también sonreí.

—Sí, señoría. Me alegro de verla.

74

—No lo había visto en un tiempo, señor Haller.

El tribunal en sesión no era el lugar para decirle dónde había estado. Me ceñí a dar respuestas cortas. Abrí las manos como si presentara mi nuevo yo.

—Lo único que puedo decir es que he vuelto, señoría.

—Me alegro. Vamos a ver, está aquí en lugar del señor Vincent, ¿es correcto?

Lo dijo con un tono de rutina. Me di cuenta de que no sabía nada de la muerte de Vincent. Sabía que podía mantener el secreto y superar la sentencia con ello, pero luego la juez oiría la noticia y se preguntaría por qué no se lo había dicho. No era una buena forma de mantener a un juez de tu lado.

—Desafortunadamente, señoría —dije—, el señor Vincent falleció anoche.

Las cejas de la juez se arquearon en señal de asombro. Había sido fiscal mucho tiempo antes de ser juez durante otra larga temporada. Estaba conectada con la comunidad legal y muy probablemente conocía bien a Jerry Vincent. Le había asestado un mazazo.

—Oh, Dios mío, ¡era tan joven! —exclamó—. ¿Qué ocurrió?

Negué con la cabeza como si no lo supiera.

—No fue una muerte natural, señoría. La policía está investigando y no sé mucho salvo que lo encontraron anoche en su coche, en el garaje de su oficina. La juez Holder me ha llamado hoy y me ha designado abogado sustituto. Por eso estoy aquí por el señor Reese.

La juez bajó la mirada y se tomó un momento para superar el *shock*. Me sentí mal por ser el mensajero. Me agaché y saqué la carpeta de Edgar Reese de mi mochila.

—Siento mucho oír eso —dijo finalmente la juez.

Asentí en señal de acuerdo y esperé.

—Muy bien —dijo la juez después de un largo momento—. Saquemos al acusado.

Jerry Vincent no cosechó más retrasos. Si la juez tenía sospechas sobre Jerry o la vida que llevaba, no lo mencionó. Pero la vida continuaría en el edificio del tribunal penal. Las ruedas de la justicia rechinarían sin él.